WAHL, J. y KONIG, 1987: "Anthropologisch-Traumatologische Untersuchung der menschlichen Skeletreste aus dem bandkeramischen Massengrab bei Talheim, kreis Heilbronn". *Fundberichte aus Baden-Wurtemberg* 12: 65-193.

WHITE, C.D. y SCHWARTZ, 1989: "Ancient Maya Diet, as inferred from isotopic and elemental analysis of human bone". *Journal of Archaeological Science* 16: 451-474.

WILLEMS, W.J.H., 1978: "Burial Analysis: a new approach to an old problem". *Beerichten van de Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek* 28: 81-98.

D. Vaquerizo (ed.) (1991).Fons Mellaria 90.Arqueología de la Muerte. Córdoba, Diputación provincial

MUERTE Y RITUAL FUNERARIO EN LA GRECIA ANTIGUA: UNA INTRODUCCION A LOS ASPECTOS ARQUEOLOGICOS (*)

Fernando QUESADA SANZ
Dpto. Prehistoria y Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid

Herodoto (I, 30, 3-5) nos narra una supuesta entrevista entre Solón el legislador ateniense (fl. 594) y el rey de Lidia Creso (fl. 560), conversación imposible porque ambos personajes vivieron en momentos distintos. Pese a ello, este texto nos dice en pocas líneas muchas cosas sobre la concepción que los griegos ilustrados tenían de la muerte: Creso interroga a Solón acerca del hombre más feliz del mundo, pensando que el ateniense le citaría a él debido a sus ingentes riquezas. Sin embargoo Solón responde que el hombre más dichoso fue el ateniense Telo, por las razones que siguen:

"Ante todo Telo tuvo, en una ciudad próspera, hijos que eran hermosos y buenos y llegó a ver que a todos les nacían hijos y que en su totalidad llegaban a mayores; además, después de haber gozado en la medida de nuestras posibilidades de una vida afortunada, tuvo para ella el fin más brillante. En efecto, prestó su servicio en una batalla librada en Eleusis entre los atenienses y sus vecinos, puso en fuga al enemigo y murió gloriosamente; y los atenienses, por su parte, le dieron pública

(*) Agradecemos al Dr. Vaquerizo Gil su invitación para participar en estos Cursos de Verano y al Dr. A. Domínguez Monedero sus atinadas observaciones sobre una versión del manuscrito original.

sepultura en el mismo lugar en que había caído y le tributaron grandes honores".

Estas líneas resumen algunos de los aspectos esenciales sobre la concepción de la vida y la muerte entre los griegos, y es por tanto un digno comienzo para las páginas que siguen: nos habla del ciudadano que no sufre la desdicha de enterrar a sus hijos, sino que por el contrario les ve crecer y prosperar, que goza de una vida afortunada sin excesos, y muere de la manera más noble posible, en combate, honrado y veneradoo por familiares y conciudadanos que le tributan honores fúnebres.

La otra cara de la moneda nos la puede mostrar la Iliada (XXII, 334 ss.) cuando sin ahorrarnos detalles nos describe la salvaje humillación a la que es sometido Héctor por su vencedor Aquiles, quien le amenaza en su agonía, para luego maltratar el cadáver:

"Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate... ni aun así la venerada madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpoo y devorarán tus entrañas...".

"Para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de ambos pies desde el tobillo hasta el talón, introdujo correas de piel de buey, y le ató a su carro de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego... subió y espoleó a los caballos, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado: la negra cabellera se esparcía por el polvo, y la cabeza, antes tan hermosa, se hundía en el polvo...".

La crueldad de Aquiles es tal que los mismos dioses se irritan, protegen el cuerpo de Héctor de los carroñeros y deciden que pueda por fin ser rescatado por su padre Príamo. No deja de ser significativo que la Iliada concluya así con una descripción de honras fúnebres (XXIV, 780 ss.).

"Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearon abundante leña, y cuando por décima vez apuntó la Aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte que la llama había alcanzado; y seguidamente hermanos y amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron tierra y erigieron el túmulo... levantado el túmuloooo se volvieron, y reunidos después en el palacio del rey Príamo, de divina alcurnia, celebraron el espléndido banquete fúnebre.

Así celebraron las honras fúnebres de Héctor, domador de caballos.

Estas citas nos sirven a la vez como indispensable homenaje a Homero y Herodoto y como adecuada introducción a nuestro tema. En efecto, la importancia del mundo funerario en la Antigüedad difícilmente puede ser sobreestimada desde el punto de vista ideológico, mientras que desde la óptica del arqueólogo —la que nos ocupa ahora— conviene recordar que la información extraída del ámbito funerario supone una parte enorme del total de nuestros datos incluso desproporcionadamente elevada si se quiere, pero en cualquier caso esencial para aspectos que van desde la pura tipología y seriación cronológica hasta la reconstrucción social.

CONTENIDO

I. Advertencias preliminares

II. Consideraciones sobre las fuentes disponibles

II.A. Consideraciones generales

II. B. Fuentes literarias

II. C. Fuentes arqueológicas

III. Las fases del ritual funerario

III. A. Aspectos generales

III. B. Ritos pre-deposicionales

III. B. 1. *Prothesis*

III. B. 2. *Ekphora*

III. C. Ritos deposicionales

III. D. Ritos post-deposicionales inmediatos

III. D. 1. En el cementerio

III. D. 2. En la ciudad de los vivos

III. E. La visita de la tumba

IV. La expresión arqueológica del ritual funerario: períodos

IV. A. Micénico

IV. B. Submicénico

IV. C. Protogeométrico

IV. D. Geométrico

IV. E. Arcaico

IV. F. Clásico

IV. G. Helenístico

V. El "paisaje funerario" ateniense en época arcaica y clásica.

V.A. El aspecto general de un cementerio ateniense

V.B. Algunos tipos específicos de monumento

V.B.1. *Demosión Sema*

V.B.2. Cenotafios

V.B.3. *Periboloi*

V.C. Las estelas

VI. Consideraciones sobre las ofrendas y ajuares

VI.A. La función de los ajuares

VI.B. Categorías de objetos

VI.B.1. Posesiones personales del difunto

VI.B.2. Objetos de uso cotidiano con valor funerario.

VI.B.3. Objetos de caracter específicamente funerario.

VII. Tipos particulares de muerte y su expresión arqueologica

VII.A. Niños

VII.B. Jovénes solteros

VII.C. Héroes

VII.D. Muertos en combate

VIII. Aspectos sociales de la "Arqueología de la muerte" en Grecia

VIII.A. Ostentación y riqueza: leyes suntuarias

VIII.B.¿Quienes se enterraban en las necrópolis?

VIII.C. Estatuas y emulación

I. ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Antes de entrar en detalles conviene realizar tres advertencias de carácter general:

a) El predominio de la información sobre Atenas y Atica es abrumador: hay muchos más datos, que abarcan de forma continuada un periodo mayor que en ningún otro lugar del mundo helénico, y además están mucho mejor estudiadas y publicadas. Toda la bibliografía general utiliza el Atica como base y eje de la discusión, incluyendo las variantes regionales cuando añaden información de interés o cuando se apartan significativamente del patrón ateniense. Por ejemplo, en todo el Geómetrico las únicas representaciones de *prothesis* fuera

del Atica se hallan sobre una cerámica beocia y otra samia, ambas inspiradas en modelos atenienses, y además no aportan ninguna información nueva (KURTZ y BOARDMAN, 1971:203).

El intento de síntesis que presentamos aquí recoge esta situación, al admitir que hoy por hoy no es posible realizar una panóramica general de ninguna otra región basada en información arqueológica detallada. Dos circunstancias atenúan sim embargo las dificultades que esta limitación plantea: por otro lado, el gran conservadurismo de los ritos funerales griegos, y su amplia extensión; por otro, el hecho de que Atenas ejerció una gran influencia sobre otras zonas desde el punto de vista de las "modas" estilísticas y de la exportación de materiales. En general, sin embargo, hay una tendencia a que los patrones funerarios se alejen del modelo ateniense cuanto más periférica es la región (Macedonia por ejemplo). En cuanto al mundo colonial, tendrá sus peculiaridades derivadas del contacto con los núcleos indígenas y del alejamiento de la tierra de origen, pero en general las colonias tienden a seguir los modelos de sus respectivas metrópolis.

b) De todo modos, la riqueza de la información disponible sobre la Muerte en Grecia hace que toda síntesis de la brevedad de ésta resulte apenas una pálida imagen de una reconstrucción penosamente realizada por los especialistas, que de por sí ya está distorsionada por ser en sí misma apenas una muestra de lo que fue la realidad.

c) Como enseguida veremos (Apdo. III), el ritual funerario griego supone una serie de actividades complejas, incluyendo muchas pre- y postdeposicionales. De todas ellas, sólo unas pocas –y no las más importantes desde el punto de vista social– tienen algún reflejo directo en el registro arqueológico, mientras que la mayoría han de ser reconstruidas en la medida de lo posible a partir de representaciones iconográficas y referencias literarias. Si sólo contáramos con la información arqueológica estricta, nuestra visión del ritual funerario griego se

empobrecería enormemente. Eso nos lleva a pensar en la situación inversa de muchas zonas y periodos en los que el carácter exclusivamente arqueológico de la inforamción nos proporciona con seguridad una visión empobrecida de lo que realmente ocurría en el ceremonial funerario.

II. CONSIDERACIONES SOBRE LAS FUENTES DISPONIBLES.

II.A.– *Consideraciones generales.*

Ya hemos aludido al sesgo de nuestra información derivado del fuerte predominio de los datos arqueológicos e incluso literarios referidos a Atenas. Conviene aquí insistir además en que esos datos son ya de por sí fragmentarios –incluso más de lo que en principio pudiera suponerse–, a menudo procedentes de excavaciones antiguas y mal documentadas o de textos interpolados de cuyos autores –por no hablar de sus intenciones– apenas sabemos nada. Sin embargo, y como ha señalado MORRIS (1989:298) las grandes limitaciones existentes no deben llevarnos a la desesperación, sino que el reconocimiento de su existencia nos obliga a adoptar procedimientos de trabajo y una Metodología adecuados a la fuente de información.

II.B. *Fuentes literarias*

Cada género literario plantea dificultades específicas. Todos los autores, y en particular los *historiadores* tienden a dar por supuestos, por obvios, muchos detalles de ritos funerarios y de estructuras sepulcrales, y dan referencias de pasada –o ninguna en absoluta– en momentos en que necesitaríamos una descripción detallada. Las *tragedias* nos proporcionan a menudo detalles y noticias que no podemos conseguir por ninguna otra fuente, pero como en general se refieren a personajes no comunes –héroes por ejemplo– y a situaciones excepcionales, siempre queda la duda de si se trata de ritos normativos, usuales, o de si se nos están presentando actuaciones, ritos y estructuras excepcionales o incluso imaginarios.

Un caso especial es el de *Homero,* casi la única fuente literaria para los períodos más antiguos. Aquí se añade a las dificultades ya citada un problema suplementario: los rituales descritos pueden muy bien ser, como en otros aspectos de la Iliada y la Odisea, una mezcla indisociable de costumbres de períodos distintos (desde época Micénica hasta el período Geométrico). Sin embargo, una mayoría de los investigadores considera que, extremando la prudencia, Homero es una fuente perfectamente útil, debido entre otras cosas a la profunda influencia que los poemas homéricos ejercieron sobre los griegos de períodos posteriores (por ejemplo, el ritual de las tumbas reales de Salamina de Chipre del s. VII probablemente está muy influido por la épica más que al revés (MORRIS, 1987:45), como ocurre también en la necrópolis de Eretria (Domínguez Mondedero, com. pers.). En cualquier caso, casi todos los elementos importantes del ritual que veremos en períodos avanzados aparecen ya en Homero.

Conviene por último citar los *epitafios* y otros epígrafes de carácter funerario. Normalmente muy lacónicos por su brevedad, nos dan información sobre el nombre del muerto, el del familiar que le honra, etc., pero en ocasiones aluden a temas emotivos (sensación de ausencia entre los vivos, alabanzas de las virtudes del muerto...), llegando a entablar un verdadero diálogo con el lector. Más adelante aludiremos (Apdo. VII.C.) a las llamadas *"listas de bajas"* que recogían cada año a los atenienses caídos en combate.

II.C. *Fuentes arqueológicas*

Como han recordado Kurtz y Boardman (1971:17), la Arqueología no nos puede ayudar apenas para saber qué *pensaban* los griegos sobre la muerte, pero nos dice mucho sobre lo que *hacían.* Es superfluo insistir sobre todas las dificultades y problemas que sufre la llamada "Arqueología de la Muerte", que ya han sido detalladas en numerosos trabajos, incluído alguno publicado en este mismo volumen. Lo importante es

seguir la postura mental ya citada de Morris en el sentido de calibrar siempre qué es seguro, probable, posible, hipotético o sencillamente delirante en la interpretación de los restos.En el caso del mundo griego es especialmente fácil creer que la comparativa abundancia de restos nos facilita un cuadro completo. Ya hemos visto que este no es el caso: la concentración de investigaciones en regiones muy concretas y la antigüedad de muchas de las excavaciones más importantes obligan a matizar cualquier posible entusiasmo inicial. Los análisis basados en la iconografía (cerámica, escultórica) tienen una problemática especial y compleja, con matizaciones según los períodos, en la que no podemos entrar aquí. En general, nos da numerosas informaciones útiles (escenas de visita a la tumba, etc.) pero a menudo imprecisas (ausencia de iconografía específica para representar a los muertos en las estelas clásicas, interpretación de los grupos...).

III. LAS FASES DEL RITUAL FUNERARIO

III.A. *Aspectos generales*

Para los griegos era de la mayor importancia recibir un funeral digno (MORRIS, 1987:47), y para los atenienses lo era además ser enterrados en su tierra (uno de los mayores castigos que el estado podía imponer era negar el enterramiento en el Atica). Del mismo modo era esencial que se celebraran los ritos tradicionales en el modo establecido por la costumbre ancestral, y que estos fueran efectuados por las personas apropiadas, –la familia o los amigos más cercanos–. Una característica del mundo funerario griego es el carácter *amateur* del ritual, en el que no participan sacerdotes "profesionales". Una excepción es la intervención ocasional en circunstancias especiales (suicidios, crímenes y otros casos en que se produce una *miasma* especial) de los *exegetai* o intérpretes expertos de la ley sagrada. También se contrataban a veces plañideras

profesionales, pero en general el ritual funerario griego es un asunto familiar. La muerte, en tanto que afecta a un grupo unido por lazos de sangre, es un asunto largo y complejo, que comienza con los preparativos para la muerte y termina generaciones después, cuando el muerto es olvidado y el cuidado de su tumba abandonado (HUMPHREYS, 1980:98); por tanto es un tema familiar más que personal. Sólo en fases avanzadas el Estado tenderá a intervenir cada vez más, asumiendo el protagonismo del funeral de los caídos en combate, buscando primar los lazos de tipo político sobre los de consanguinidad.

La concepción actual de la muerte como un suceso instantáneo no coincide con la griega antigua. En ésta, la muerte conlleva un período de tránsito en el que, simplificando, la *psyché* ya no está en el cuerpo pero tampoco en el Hades. Ese es el período que abarcan las distintas fases del ritual clásico, aunque en épocas anteriores puede haber correspondido –en el caso de inhumaciones– al espacio temporal comprendido entre la muerte y la descomposición del cadáver. Esa podría ser la explicación de la aparente contradicción entre el cuidado puesto por los micénicos en la deposición primitiva del cadáver y el aparente desprecio con que eran apartados a un rincón los restos cuando se reabrían las tumbas colectivas y se inhumaban nuevos cuerpos, objeto a su vez de un cuidado esmerado. (MYLONAS, 1948:69-70).

Tras el fallecimiento –que en el mundo griego, y en general en Occidente hasta el siglo XIX, era toda una ceremonia en la que el agonizante no moría solo sino rodeado de familiares, amigos y personas dependientes, comenzaba el proceso de actividades pre-deposicionales, muy precisas y normativas y al parecer establecidas ya desde tiempos de Homero.

III.B. *Ritos pre-deposicionales*

III.B.1. *Prothesis* (Fig. 1).

La *Prothesis* o exposición del cadáver cumplía una triple

función. En primer lugar, asegurarse de que el individuo estaba realmente muerto; en segundo, esta ceremonia ofrecía la oportunidad para el duelo y lamentaciones de los deudos; por último, permitía honrar al difunto y de algún modo dirigirse a quien, en el fondo, todavía estaba a caballo entre el Hades y el mundo de los vivos.

La importancia de este ritual igualaba o incluso superaba a la del enterramiento propiamente dicho, especialmente durante el Geométrico, período del que se conservan más de 50 representaciones de *prothesis* (GARLAND, 1985:32).

La preparación del cadáver para la *prothesis* se encargaba a mujeres familiares cercanas al difunto. En esencia, consistía en bañar el cuerpo (aunque si alguien sabía que iba a morir podía bañarse y así purificarse antes de la muerte, caso de Sócrates antes de apurar la cicuta).

A continuación se vestía el cadáver con un conjunto de ropajes especiales *(kosmos),* cuyo coste máximo era a veces determinado en dracmas por las leyes suntuarias (ver Apdo. VIII.A); ocasionalmente categorías especiales de muertos se vestían de modo especial (por ejemplo, los muertos en combate se exponían con su panoplia hasta c. 700 a.C. aunque luego esto fue excepcional). En Esparta, una legislación atribuída a Liturgio especificaba que el ritual se redujera al mínimo, siendo el cadáver vestido con el capote militar rojo. A menudo se tocaba el cadáver con una diadema (ocasionalmente de hojas de oro) o una corona vegetal.

Por razones cosméticas se cerraban los ojos y la boca del cadáver mediante una barbillera que mantenía sujeta la mandíbula inferior y que aparece representada ocasionalmente en pintura cerámica. Acto seguido el difunto era tendido sobre un lecho alto *(kliné)* dentro de la casa, con los pies hacia la puerta. Al exterior de la casa se colocaban señales indicativas de la presencia de *miasma* (polución) en el interior. Lo más frecuente era disponer un recipiente con agua para que los visitantes

se purificaran, aunque en época tardía se colocabn también mechones de pelo o ramas de ciprés.

Conviene aquí recalcar la importancia del agua como elemento purificatorio en los ritos funerarios, reflejada en el baño del difunto –preferiblemente con agua salada, menos susceptible de contaminación–, o en la colocación de agua en la puerta de la vivienda del difunto. Incluso algunos vasos destiandos a contener agua –como el lutróforo o el lebes gámico– jugaron un papel importante no sólo en las ceremonias de matrimonio, sino también en las funerarias.

Durante la *prothesis* se realizaba la manifestación de dolor por la defunción, expresada mediante cantos fúnebres y gestos de lamento ritualizados. A veces estos cantos se realizaban con acompañamiento musical, y podían ir unidos a movimientos alrededor del lecho fúnebre, con cánticos y gestos ritualizados, a veces reforzados con la actuación de plañideras profesionales.

La duración de la *prothesis* era variable. Si Homero es fiable en este punto, podía durar desde dos días (Patroclo) hasta 17 (Aquiles). Desde época arcaica duraba entre uno y trs días. La duración de la *prothesis* en Homero ha hecho pensar en algún tipo de embalsamamiento elemental del cadáver, aunque esto no puede probarse (MYLONAS: 1948, 57).

III.B.2. *Ekphora* (transporte del cadáver).

Concluída la *prothesis*, el cadáver era trasladado al cementerio *(ekphora)*, bien en andas (por los *necroforos* o *klimakoforos)* bien sobre un carro de cuatro ruedas (elementos de los cuales se han hallado en dos sepulturas geométricas del Cerámico). El traslado se realizaba de noche (en los períodos más antiguos es posible que fuera diurno), con acompañamiento musical y frecuentes detenciones, actividades ostentosas que las leyes trataron de limitar siempre. Los hombres marchaban delante del cadáver y las mujeres detrás. La *ekphora* se representa menos frecuentemente en la iconografía que la *prothesis*.

III.C. *Ritos deposicionales*

Curiosamente, sabemos muy poco sobre la ceremonia que debía acompañar el enterramiento del cadáver. La escena de la deposición (ya sea cremación o inhumación) fue representada muy rara vez. No parece que hubiera sacerdotes presentes en el momento de la deposición. Es probable que en el momento de echar la tierra se efectuaran libaciones *(choai)* sobre el ataúd o la urna. En el caso de las cremaciones, para apagar los últimos rescoldos de la pira se utilizaba vino (ya mencionado por Homero), tras lo cual el pariente más cercano recogía las cenizas y las depositaba en la urna. Junto con el cadáver o las cenizas se depositaba un ajuar de composición variable según el período, la zona geográfica, el sexo y edad del difunto y otras variables (ver Apdo. VI).

III.D. *Ritos post-deposicionales inmediatos*

Toda la amplia serie de ritos realizados tras el enterramiento era tan importante para la sociedad de los vivos como para el muerto.

III.D.1. En el cementerio

Desde fines del s. VIII a.C. en adelante aparece en el Cerámico una serie de "depósitos de ofrendas" y "zanjas de ofrendas" (ver Apdo. IV.E) con abundante material cerámico quemado, así como restos de animales pequeños (comestibles y domésticos) y otros objetos. Los asistentes al funeral debían alinearse a lo largo de la zanja mientras ardían las ofrendas. Los alimentos eran *quemados* y no *cocinados*, y los vivos no participaban del banquete (GARLAND, 1985: 39-40; KURTZ y BOARDMAN, 1971:146; opinión opuesta en BURKERT, 1983:51). Quizá en relación con esto estaba la *aponimma*, rito frecuente en Atenas, que se celebraba probablemente tras el entierro y que incluía la libación de agua y el recitado de una

fórmula de purificación.

III.D.2. Fuera del cementerio

El banquete fúnebre o *perideipnon* es casi una constante universal en los rituales fúnebres del hombre antiguo, debido entre otras cosas a que actua como una forma de lazo o ligazón de los miembros de la comunidad (BURKERT, 1983:51). Se celebraba en la casa familiar –y no en el cementerio– inmediatamente tras el funeral. Se consideraba que el difunto estaba de alguna manera presente en calidad de anfitrión, aunque era el pariente más cercano quien dirigía el banquete, portaba guirnaldas y recitaba elegías en honor del muerto. Este banquete cierra un período del funeral que duraba tres días en total. En el mismo día los asistentes al funeral se bañaban, en un acto que tenía carácter purificatorio.

Sabemos poco de los ritos del tercer y noveno día *(trita y ennata),* banquetes fúnebres en que los vivos no participaban. Para algunos autores (KURTZ y BOARDMAN, 1971:145) los *trita* se celebraban inmediatamente después de la deposición, mientras que otros (Garland, 1985:40) tienden a colocarlo después del *perideipnon,* quizá tres días después del enterramiento, no del fallecimiento. No sabemos qué actos se desarrollaban, pero suele suponerse que eran similares a los habituales en la visita a las tumbas (ver Apdo. III.E).

A los treinta días de la muerte se celebraba otro rito *(triakostia)* poco conocido, que entre otras cosas implicaba colocar parte de la basura barrida del suelo de la casa sobre la tumba, quizá con carácter purificatorio (GARLAND, 1985:44). Este rito, junto con un último banquete (quizá de origen tardío) en el que los comensales se sentaban en lugar de reclinarse(de ahí su nombre de *kathedra),* marcaba el fin del duelo y la reanudacxión de la vida normal, aunque las fechas exactas en que esto se producía variaban según la zona de Grecia y el período.

Durante todo el duelo una polución o contaminación *(miasma)* afectaba a quienes habían estado en reciente contacto con los

muertos. De ahí la necesidad de ritos purificatorios, así como algunas disposiciones que prohiben el acceso a recintos sagrados de personas en duelo o la participación de sacerdotes en actividades funerales.

III.E. *Ritos posteriores: la visita a la tumba*

Con los ritos que hemos mencionado se completaba una fase, pero la atención a los difuntos no concluía. En adelante, y de forma regular aunque variable (HUMPHREYS, 1980:100-101; GARLAND, 1985:104 ss.), los deudos realizaban visitas a la sepultura del difunto, al menos durante una generación y en ocasiones durante varias, aunque normalmente no más de tres, según se desprende de la agrupación de tumbas en *periboloi* o recintos funerarios de carácter familiar (ver Apdo. V.B.3., GARLAND, 1985:106). Este cuidado y mantenimiento de la tumba acompañdo de determinados ritos *(ta nomizomena)* era legalmente obligatorio, hasta el punto de que quien deseara ocupar un cargo público debía entre otras cosas probar que cumplía con sus deberes religiosos para con sus familiares muertos. De la misma manera, los derechos de herencia estaban muy relacionados con el adecuado mantenimiento de la tumba (HUMPHREYS, 1980:98-100).

Como en casi todo, varias razones no excluyentes entre sí justifican la continuidad de los ritos todos los meses a lo largo de años. En primer lugar, las demostraciones de piedad, –y la ostentación de riqueza– por parte de una familia son fuentes de prestigio social y por tanto de status para dicha familia. Esto no excluye los sentimientos de afecto o amistad hacia el difunto, que pueden hacerse más intensos si se es consciente de que los muertos pueden incluso ayudar o aconsejar a los vivos (GARLAND, 1985:106). Por otro lado, los rituales funerarios están entre las actividades más conservadoras del ser humano, anclados como están en un pasado del que puede quedar sólo el recuerdo.

Aunque no sabemos si hay una secuencia constante de actividades, del estudio de las fuentes de información disponibles –sobre todo imágenes sobre lécitos blancos– se desprende que en las visitas a las tumbas se desarrollaba la siguiente secuencia:

1.– Decoración de la estela funeraria (ver Apdo. IV) con cintas de tela *(taeniai)* de diferentes colores y con flores (Esq. *Pers.*, 618). (FIG. 2, FIG. 3).

2.– Colocación sobre la estructura de la tumba de ofrendas no alimenticias (lécitos con aceite perfumado, otros vasos cerámicos, incluso mechones de pelo) (FIG. 3).

3.– El pariente más cercano debía tomar la palabra. Entre las ideas que se nos han transmitido están la invitación al difunto para que se presente al rito celebrado en su honor, la petición de ayuda a Hermes *psicopompos* en la búsqueda del muerto, ruego al difunto para que mantenga su buena disposición hacia la familia, y ocasionalmente una petición concreta.

4.– A continuación se efectuaban libaciones *(choai)* de vino, agua, leche, miel o aceite, a veces mezclados, sobre las gradas o sobre la misma estela. Ocasionalmente se han hallado unos tubos de cerámica hincados en el suelo que ayudaban a llevar el líquido al interior de la tierra. Los tipos de vasos utilizados para las libaciones eran variados, incluyendo lecitos, enocoes, fiales, vasos de beber, etc. Este rito iba acompañado por cantos fúnebres entonados por los acompañantes.

5.– Los vasos de libación eran destruídos estrellándolos contra el suelo en la vecindad de la tumba.

6.– Aunque en época clásica las principales ofrendas parecen haber sido líquidos, tras las libaciones podían efectuarse también ofrendas de alimentos sólidos, que tampoco probaban los vivos. Entre los animales sacrificados se han hallado bueyes (al parecer prohibidos en la legislación soloniana del principios del s. VI), vacas, cerdos, cabras, liebres... El color de pelaje preferido era el negro, y se elegían hembras o machos castrados. Al animal se le mataba colgando cabeza abajo, de manera que la sangre cayera directamente en una zanja excavada al efecto, entrando en la tierra, luego se le desollaba y quemaba más que cocinaba. Parece que los sacrificios de animales comestibles disminuyen desde el 600 a.C., aunque siguen apareciendo restos de numerosos animales domésticos y pájaros. En cualquier caso, el ritual sacrificial se une indisolublemente al funerario (BURKERT, 1983:54), en tanto que mediante los sacrificios el acto funeral, circunstancial y aleatorio, se convierte en repetido y regular, esto es, ritual.

Desde el punto de vista arqueológico todo lo que venimos diciendo implica que alrededor de una tumba griega puede haber una variedad de estructuras secundarias y gran cantidad de material, hasta el punto de que el ajuar propiamente dicho depositado junto al cuerpo o la urna pasa a ser lo de menos cuantitativamente. De hecho, muy a menudo los ajuares son paupérrimos en comparación con el material hallado en el exterior de la tumba. Cada tumba no puede entenderse si no se examina cuidadosamente la evidencia arqueológica de las proximidades, que normalmente refleja un rito más complejo de lo que pudiera parecer. La moraleja para el estudio de necrópolis de otras culturas mediterráneas más o menos contemporáneas es evidente.

III.F. *Ritos excepcionales*

En casos especiales sabemos de la celebración de ritos poco comunes. Los más conocidos son los *juegos* atléticos en honor del difunto, que se celebraban en honor del conjunto de los caídos en combate y muy excepcionalmente en honor de personas individuales, caso de los juegos organizados por Aquiles en honor del caído Patroclo o de muertos heroizados (Timoleón en Siracusa, Leónidas en Esparta, etc.). MYLONAS, (1948:77) consideró que las escenas representadas en las estelas del Círculo A de Micenas representaban carreras de carros y no escenas de batallas, aunque esto es dudoso (FIG. 4).

Más infrecuentes aún eran los *sacrificios humanos,* practicados en circunstancias excepcionales desde época micénica hasta el período Clásico. Caso paradigmático en la literatura es el sacrificio de 12 jóvenes troyanos junto con 4 caballos y 2 perros en el funeral de Patroclo (*Il.* XXIII, 170 ss.) y otros casos han sido documentados arqueológicamente, como en una tumba del s. X a.C. en Lefkandi (Eubea) en la que junto a las cenizas de un guerrero se halló el esqueleto de una mujer, y en un pozo adyacente restos de 3 caballos. Entre las motivaciones destaca la de venganza en el caso de un amigo muerto en combate al que sacrifican enemigos (MYLONAS, 1948:60).

IV. LA EXPRESION ARQUEOLOGICA DEL RITUAL FUNERARIO

En primer lugar conviene señalar que en el mundo griego, y desde el período micénico, *cremación* e *inhumación* se combinan, aunque la importancia relativa de cada una varía según el período y el lugar. Por otro lado, no hay diferencia visible entre los ritos, ajuares y ofrendas asociados a cada modalidad. No parece que la razón sea económica (supuestamente la cremación exigiría mayor dispendio por la acumulación de madera adecuada para la pira) porque, por ejemplo, algunos de los ajuares más ricos del período Arcaico se asocian a inhumaciones.

A continuación presentaremos un panorama extremadamente sintético de los ritos y su expresión arqueológica en cada período. Hay una brecha clara y a la vez una cierta continuidad entre los ritos micénicos y los posteriores. A partir del Geométrico hay dos posturas principales resumidas recientemente (MORRIS, 1989): la de la continuidad esencial de la actitud griega ante la muerte (Morris) y la de la ruptura al final del Geométrico en torno al 700 a.C. (Sourvinou-Inwood).

IV.A. *Período micénico*

Desde el punto de vista de lo funerario, el mundo micénico es

a la vez opuesto en lo esencial y precedente en muchos aspectos formales del griego. La parte mejor conocida de los ritos funerarios del mundo griego en la Edad del Bronce se refiere a los grandes príncipes que se hicieron enterrar en las tumbas colectivas de pozo de los Círculos A y B de Micenas, en tumbas de cámara excavadas en la roca, o en las impresionantes tumbas de cámara circular y falsa bóveda *(tholoi)* como los de Micenas o Dendra. Dichos monumentos pertenecen a una élite social de escasas familias que detentan una extraordinaria concentración de poder. Estas tumbas se distinguen de todo lo que seguirá en el mundo griego en varios aspectos fundamentales. Por un lado, asombra todavía la grandeza de la estructura arquitectónica de las principales sepulturas sin parangón ni siquiera en las más espectaculares tumbas de períodos posterioresn salvo en la Grecia del Este. Por otro lado, los riquísimos ajuares –incluyendo numeroso armamento– documentados en muchas de estas tumbas son un testimonio espléndido de la riqueza acumulada por estas familias de guerreros que controlaban desde sus palacios el comercio y las formas de producción de riqueza. Ni el poder que reflejan estos monumentos y ajuares tiene paralelo en el mundo que se abre tras el submicénico, ni la tendencia a la expresión del mismo mediante la acumulación de objetos valiosos es el sistema usado por los griegos posteriores, más dados a la ostentación en otros ritos menos visibles arqueoló-gicamente.

Tanto en las tumbas de pozo como en las *tholoi* es característica común –y por el contrario inusitada en el mundo griego postmicénico– la utilización de las tumbas a lo largo de un período de tiempo prolongado, reabriendo las sepulturas periódicamente para introducir nuevos difuntos, presumiblemente miembros del mismo grupo de sangre. Ya hemos visto (ver Apdo. III.A.) cómo en estos casos es común que los restos anteriores sean apartados a un lado sin ningún miramiento, dañando o incluso saqueando los ajuares más antiguos. Sin

embargo, los conjuntos globales de tumbas siguen siendo respetados, como revela la construcción de un recinto y la conservación del llamado "Círculo A" de Micenas cuando hacia el s. XIII a.C. se amplió la ciudadela englobando la necrópolis.

El rito empleado casi universalmente es la inhumación, colocando el cadáver sobre un lecho bajo. No parece que se utilizaran ataudes (MYLONAS, 1948:69). Tras cada inhumación se cerraba la tumba y debía realizarse un rito de libación o consumición de líquido, por la abundancia de copas que se encuentran rotas junto al acceso de las tumbas. Es probable que cuando se reabría una tumba para efectuar un nuevo enterramiento se realizaran ritos que incluian la acción del fuego. La señalización de tumbas mediante *stele* es frecuente, aunque posiblemente las elaboradas estelas del Círculo A (FIG. 4) fueron la excepción más que la regla, y las estelas habituales fueran simplemente grandes piedras hincadas.

Aunque lo más conocido del mundo funerario micénico son esas grandes tumbas, un somero vistazo a las tumbas más pobres nos hace ver que se dan con frecuencia las sepulturas individuales en fosas forradas de lajas ("cistas"), e incluso que ocasionalmente aparecen algunas cremaciones, como por ejemplo en Perati (KURTZ y BOARDMAN, 1971:25-26: *contra* MYLONAS, 1948:68). Desde otro punto de vista, algunos autores han considerado que el concepto del tránsito de la *psyché* desde el cuerpo al Hades es similar en Micenas y Homero (MYLONAS, 1948:78).

IV.B. *Submicénico* (*c.* 1125-1050)

Tras el colapso de la estructura palacial micénica, el breve y transicional período subsiguiente que conocemos como "submicénico" nos muestra una radical disminución de la información disponible, que sin embargo es suficiente para apreciar el empobrecimiento general de la sociedad y la desaparición de los antiguos grupos dirigentes. En el Cerámico de Atenas (Pompeion) y en Salamina se conocen dos cementerios en los que han desaparecido las *tholoi* y las tumbas de cámara así como los adornos de tipo micénico. En su lugar aparecen pobres inhumaciones individuales en fosa o cista, unas pocas de las cuales presentan algún ajuar de tipo "norteño". Estas tumbas y sus ajuares han sido utilizadas para hablar de invasores procedentes del norte, pero también del surgimiento de una antigua clase servil, en esencia dos de las principales explicaciones para el derrumbamiento del sistema palacial. Incluso la presencia de alfileres rectos colocados sobre las clavículas de algunas inhumaciones femeninas han permitido hablar de la aparición de un nuevo tipo de vestimenta asociada a los invasores dorios, el *peplos*.

En éstos y otros cementerios submicénicos aparece la cremación en proporción escasa (sólo 3 en el Cerámico). Son siempre secundarias –esto es, la pira se encendió en otro lugar y las cenizas fueron trasladadas luego a la tumba, depositadas dentro de un ánfora–. Por la asociación con algún elemento de ajuar se ha querido ver en estas cremaciones una influencia oriental. En cualquier caso estos ejemplos prueban que el posterior auge de este rito en el Protogeométrico no surge de la nada.

Los cementerios submicénicos atenienses muestran cierta ordenación en hileras, lo que implica que pudo haber algún tipo de señalización, pero no sabemos cual.

IV.C. *Protogeométrico* (*c.* 1050-900 a.C.)

Durante este período, caracterizado por una tipología cerámica que va perdiendo sus elementos micénicos para anunciar la nueva "arquitectura cerámica" griega con su peculiar antropomorfización de perfiles, asistimos a la gradual generalización del rito de cremación secundaria (ver Apdo. IC.B.) en Argos, Lefkandi (Eubea), Salamina y Atenas, más que en otros lugares de Grecia. La señalización de las sepulturas es muy modesta, consistiendo en un pequeño amontonamiento de tierra a modo de túmulo.

En Atenas los hallazgos más numerosos proceden del Cerámico, (FIG. 5) aunque también aparecen en otros puntos. La cremación llega a ser el rito predominante, y lo será durante tres siglos (MORRIS, 1987:18), mientras que en las tumbas infantiles se practica sistemáticamente la inhumación. Las tumbas consisten en una fosa cuadrada o rectangular pequeña en cuyo fondo se practica un pequeño hoyo circular para introducir la urna (FIG. 6.A-C). Ocasionalmente se rellena parte de la fosa –en la esquina más alejada de la urna– con los restos de la pira, traidos del lugar de cremación, mezclados con restos quemados de animales (¿ofrenda?) y finalmente se rellena el resto disponiendo un pequeño túmulo, que hacia el final del Protogeométrico comienza a ser señalado con una piedra caliza apenas desbastada hincada a modo de estela. Los dos casos conocidos con estela, de c. 900 a.C., son los primeros desde época micénica. Los prototipos de distintos lugares de Grecia sugeridos por JEFFERY (1962:149) son algo más tardíos. Hay también evidencia –restos de copas– de libaciones en el exterior de la tumba.

Una regla seguida normalmente aunque en modo alguno absoluta es que se utilicen ánforas con asa del hombro al cuello para los hombres, y del borde al hombro o en los hombros para las mujeres (FIG. 7). Las urnas se tapan con distintos objetos, como lajas de piedra, tiestos de cerámica platos o piezas de metal, quizá umbos de escudo. Los ajuares, siguen siendo pobres, con tipos similares a los anteriores, pero su aparición es más regular (KURTZ y BOARDMAN, 1971:38). También por primera vez desde la Edad del Bronce aparecen armas, incluyendo puntas de lanza de bronce y de hierro –Grecia entra en la Edad del Hierro– y espadas, a menudo con la hoja doblada y enrollada en torno al cuello del ánfora mientras que el pomo se coloca en la urna.

IV. D. *Período Geométrico* (c. 900-700 a.C.)

Durante este período se observa una creciente complejidad

del fenómeno funerario. En Atenas, de nuevo el caso mejor conocido, se ha podido documentar la existencia de un ya elaborado sistema de caminos, reconocibles precisamente por la dispersión radial de los hallazgos funerarios del período, que tienden a alejarse del núcleo habitado (FIG. 8). De todos modos, y pese a la especial concentración de sepulturas en el Cerámico, se hallan también restos en la zona del Agora y Aeropago.

La inhumación reaparece con fuerza en Atenas a fines del Geométrico (MORRIS, 1987: 20): parece que la utilización de cremación o inhumación depende de preferencias personales y/o familiares, sin diferencias de ritual, puesto que se mezclan en los mismos cementerios y períodos. Las cremaciones siguen siendo secundarias, y los tipos de tumbas similares a los anteriores aunque con variaciones: los hoyos para la urna ya no dan cabida a toda la pieza, que sobresale del fondo. Las señalizaciones exteriores son similares para ambos ritos (FIG. 6.C-F).

Parece que en las cremaciones continúa la distinción de tiipos de urnas según el sexo del difunto. A veces se usan como urnas grandes recipientes de bronce, y muy rara vez no existe urna alguna. Las inhumaciones continúan los modelos anteriores, con formas que recuerdan a las submicenicas aunque las cistas están quizá menos cuidadas. En raras ocasiones se producen inhumaciones en pithoi. Los infantes siguen siendo inhumados en cementerios pero sobre todo bajo las casas (p.ej. el Agora).

También este periodo comienzan a aparecer estructuras más complejas que serán características del periodo Arcaico como la llamada "zanja de ofrendas" (ver Apdo.IV.E.).

A lo largo del Geómetrico los túmulos y la señalización exterior de las tumbas se hacen más ostentosos, aumentando de tamaño las estelas de piedra y apareciendo desde c.800 a.C. un nuevo método: la colocación de grandes recipientes (crateras

UNIVERSIDAD DE GRANADA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA

de pie y ánforas) de cerámica decorada con estilo geómetrico. Estos vasos de señalización –que no debe confundirse con las urnas enterradas debajo–no son excluyentes con las estelas, sino que ambos métodos pueden y suelen combinarse sobre una misma tumba (FIG. 6 E–F). En las inhumaciones la señalización se coloca en la vertical de la cabeza y en las cremaciones en la de la urna. Parece que hay una preferencia por la utilización de crateras para hombres y de ánforas para mujeres. Resulta algo sorprendente ese tipo de señalización tan cara y a la vez tan frágil. A veces los vasos tienen la base perforada (pre- o postcocción), agujeros que se han interpretado de tres modos diferentes: como medio de evitar que el vaso se llene de agua de lluvia, como orificio para transmitir a la tumba hipotéticas libaciones realizadas sobre el vaso, y como orificios para pasar postes de madera hincados en el suelo que asegurarían la estabilidad del mismo. Con el paso del tiempo estas grandes vasijas quedarán semihundidas en el suelo en lugar de sobre él, con la intención de protegerlas. Es en estos vasos donde han aparecido algunas de las escenas más famosas del arte geométrico griego, incluyendo escenas de prothesis y ekphora esenciales para entender esas partes de los funerales (FIG. 1).

Por lo que se refiere a los ajuares del periodo geométrico, cabe indicar algunos aspectos de interés. Las joyas y otros ornamentos no son frecuentes, pero por primera vez desde época micenica hay joyería de calidad, incluyendo unas láminas de oro que aparecen en todo tipo de tumbas, enrolladas en las urnas o sobre la cabeza y brazos del esqueleto, repujados sobre matrices con motivos orientalizantes de animales o con figuras geométricas como las de los vasos. Las fíbulas y alfileres quemados indican que los cadáveres se quemaban con sus ropas, mientras que en el caso de las inhumaciones su posición sobre el esqueleto prueba que también se inhumaban vestidos. Al igual que en el Protogeométrico, siguen apareciendo armas,

dobladas a menudo (FIG. 9). Las tumbas "ricas" son escasas pero ya aparecen; entre ellas cabría destacar una tumba femenina del Geométrico Medio (s.IX a.C.) hallada en el Areopago de Atenas, que además de una urna -ánfora de cuello-, joyas, piezas de marfil, etc., contenía una representación en miniatura de un conjunto de graneros (FIG.10) que no puede menos que recordarnos la división soloniana -todavía lejana en el futuro- de la sociedad en grupos de riqueza, de los que el primero sería el formado por los pentacosiomedimnoi, esto es, aquellos poseedores de más de 500 medimnos de trigo (1 medimno equivale a 52 litros). En las tumbas geométricas se van haciendo más frecuentes los objetos levantinos, como el cuenco de bronce con escenas de caracter neohitita-egiptizante de la Sep. 42 del Cerámico.

Conviene recordar, por otro lado, que también fuera de Atenas asistimos a una recuperación de la ostentación funeraria. Buen ejemplo de ello es por ejemplo la famosa cista de Argos, datada a fines del s.VIII que, aunque parcialmente saqueada, conservaba todavía 9 vasos, 12 asadores, 3 anillos de oro, 2 hachas de hierro y un espléndido conjunto de casco y coraza en bronce.

En general, el Geométrico supone un salto adelante en la complejidad del ritual funerario en Grecia, y a ello no es ajeno el interés que el "renacimiento" del s.VIII a.C. tiene en los restos del remoto pasado, en especial en antiguas tumbas micénicas a cuyos ocupantes heroizados se rinde culto, como ha recalcado MORRIS en un refrescante trabajo (MORRIS, 1988).

IV.E. Periodo Arcaico (c. 700-490 a.C.)

El periodo Arcaico comienza en el Atica a fines del s.VIII a.C.con una clara recesión en el número de tumbas, acompañadas del abandono de algunos cementerios y la aparición de nuevos tipos de tumba y rito (cremación primaria); todo ello está acompañado de cambios significativos en otros aspectos de

la cultura material y aparentemente de la estructura social (Osborne, 1989:313). Desde nuestro enfoque,lo más notable es la disminución del número de tumbas frente a la aparente explosión demográfica del s.VIII, tema sobre el que volveremos más adelante (ver Apdo. VIII.B).

De nuevo el cementerio mejor conocido en el Atica es el Cerámico. La ya evidente disposición de las sepulturas a lo largo de las carreteras (FIG. 8.) ha permitido reconstruir su disposición mejor que en periodos anteriores, e incluso ha dado lugar a debate sobre la posible existencia de una muralla en Atenas anterior a la de Temístocles (478 a.C.), sobre todo debido a que distintos autores (Herodoto IX.13, Tucídides I.89.3 y VI.57) aluden a ella. En cualquier caso, se siguen produciendo enterramientos de adultos en zona habitada al menos hasta el 500 a.C. (por ejemplo en la zona del Agora), por lo que puede desecharse la posibilidad de una prohibición expresa de realizar enterramientos "intramuros" en época arcaica. Lo que sí es evidente es una acusada tendencia a separar el espacio de los vivos del de los muertos (MORRIS, 1989:317).Cicerón (Ad Fam., IV, 12.e) alude a una prohibición de realizar enterramientos intramuros en Atenas en época helenística, pero este dato no es necesariamente aplicable a periodos anteriores. Por otro lado, la disposición de la tumbas a lo largo de los caminos responde a la necesidad práctica de facilitar el acceso tanto durante la *ekphora* como en las visitas posteriores. Además, la evidente función social de los monumentos funerarios como expresiones de estatus aconsejaba ubicarlos en zonas visibles. Por último, la escasez de buena tierra cultivable llevó a los atenienses a teorizar (Platón, Leyes) sobre la necesidad de evitar que los cementerios se sitúen en tierras fértiles.

En este periodo coexisten los dos grandes ritos, predominando en Atenas la cremación, que presenta una variación frente a periodos anteriores: ahora es primaria en lugar de secundaria. La fosa excavada es mayor, a menudo con unos canales en el fondo (FIG.11) que permitirán la circulación de aire y por tanto una mejor combustión cuando se coloque encima la pira. Al excavar, sobre los restos de carbón de esta pira pueden hallarse restos del lecho sobre el que se colocaba el cadáver y una fina capa de cenizas blancas, restos del difunto.

Las inhumaciones se realizan en fosa o pozos cortados en la roca, con dimensiones determinadas por el tamaño del muerto. El ajuar está normalmente colocado a los lados del cuerpo o agrupado junto a pies y cabeza, sin orden aparente. Las inhumaciones más frecuentes –y en general más pobres– son las infantiles, que a veces se colocan en tinajas o dentro de dos bañeras de arcilla, una volcada sobre otra a modo de sarcófago.

Sobre la fosa o la cremación se suelen colocar túmulos, circulares o cuadrangulares, que van creciendo en tamaño –por ejemplos de más de 10 m. de diámetro– hasta el punto de que llegan a agotar el espacio disponible en el Cerámico, y también la tierra, que ha de ser traida de fuera (HUMPHREYS, 1980:106). De apariencia más o menos cónica, los túmulos se recubrían con un enlucido de arcilla o yeso para mantener su forma. En torno al 600 a.C. los túmulos de tierra suelta comenzaron a ser sustituidos gradualmente por tumbas rectangulares con paredes verticales de adobe, más recogidas y más altas, que tienden a agruparse en calles, permitiendo una mayor monumentalidad y al tiempo un considerable ahorro de espacio. El paso siguiente fue la utilización de paredes de mampostería, especialmente en las fachadas más visible. Pese a todo, los elementos básicos de la tumba bajo la estructura continuaron siendo los mismos.

Los grandes vasos utilizados como señalización entran en decadencia, siendo sustituidos gradualmente por grandes estelas pétreas decoradas con relieves y esculturas, que han sido profusamente estudiadas (JOHANSEN, 1951:RICHTER:

1961; JEFFERY, 1962, etc.), o excepcionalmente por estatuas humanas de bulto redondo, kuroi (KURTZ y BOARDMAN, 1971:88; JEFFERY (1962:150). La primera serie de estelas arcaicas (Tipo I de Richter) (FIG. 12) dura aproximadamente desde el 600 hasta el 530 a.C., y su remate con gola y estatua de esfinge sentada resulta de particular interés para el arqueólogo de la protohistoria hispana, en tanto que monumentos de aspecto similar decoraban las más ricas sepulturas ibéricas arcaicas. El tipo II de Richter (FIG.12) es en cierto modo una simplificación del primero, desapareciendo el remate escultórico, que es sustituido por el tallado del extremo superior del fuste con palmetass y voluntas. En ambos tipos suele representarse la figura del muerto en el fuste, bien en relieve, incisión o pintura, normalmente en otros lugares; a veces se inscribe también la firma del escultor. En algunos casos conservamos también esculturas analíticas, incluyendo leones y toros, con paralelos también en la P. Ibérica (FIG. 13).

Casi ninguna de las estelas (unas 80 en el catálogo de Richter) ha sido hallada *in situ,* sino fuera de su contexto, por ejemplo embebidas en los paramentos de la muralla ordenada construir precipitadamente por Temístocles alrededor del 480 a.C. y que pasa por el Cerámico (FIG.5). El proceso evolutivo de estas estelas arcaicas es de simplificación y disminución de tamaño, hasta su desaparición en torno al 500 a.C., quizá en relación con una nueva legislación suntuaria (ver Adpo. VIII.A.). Curiosamente, es en este momento cuando comienza una floración de las estelas en Grecia del Este, que quizá pueda ponerse en relación con la liberación de mano de obra especializada en Atenas (KURTZ y BOARDMAN, 1971:221).

Es notable que, mientras que las estructuras visibles se enriquecen y monumentalizan, los ajuares colocados en el interior suelen ser muy modestos: una copa, un vaso de verter, ocasionalmente un ungüentario. Las joyas y armas prácticamente desaparecen en época Arcaica. En cambio, se desarrollan mucho los depósitos de ofrenda colocados en el exterior de la tumba y junto a ella. En realidad, pueden distinguirse dos tipos específicos (FIG. 11): los "Lugares de Ofrendas" *(Offering places, Opferplattz)* y las "Zanjas de Ofrendas" *(Offering ditches, Opferrinne).* Ambos contienen sobre todo cerámica destruída y quemada en cantidad variable pero en general abundante. Los primeros son irregulares en su forma y de composición variada, aunque habitualmente contienen capas alternas de tierra limpia y quemada; pueden aparecer bajo el túmulo –y por tanto el rito se realizó antes de su construcción– o sobre él o junto a él. Las segundas aparecen antes, ya a fines del geométrico, aunque los casos más espectaculares son arcaicos. Se trata de depósitos sin duda costosos, opcionales al rito funerario estándar (KURTZ y BOARDMAN, 1971:75), y se asocian a tumbas especialmente elaboradas. Toman la forma de zanjas poco profundas, forradas con adobes, de hasta 12 m. de largo por 20-30 cm. de ancho, utilizadas una sóla vez para quemar y destruir gran cantidad de ofrendas –incluyendo animales–, tras lo cual el conjunto se cubría para no volver a ser usado.

Para los períodos geométrico y arcaico son también importantes y bien documentados arqueológicamente los rituales funerarios en cementerios de ambiente euboico (Eretria, Cumas, Pitecusa) sobre los que no podemos detenernos.

IV.F. *Período Clásico* (c. 490-338 a.C.)

Durante este período es más aceptable que antes la aplicación del modelo ático al resto de Grecia –excluyendo las áreas realmente periféricas– porque desde el s. V a.C. se da una uniformidad de ritos y estructuras mucho mayor que antes (KURTZ y BOARDMAN, 1971:188). Pese a ello, la mayor parte de las excavaciones bien publicadas son del Atica, y el Cerámico de Atenas sigue siendo el mejor conocido, además de ser representativo, no sólo de las tumbas privadas sino también de las estatales (FIG. 5, FIG. 8).

Los dos ritos básicos de cremación e inhumación siguen coexistiendo, al igual que el tipo básico de tumba individual (salvo en casos especiales como epidemias y guerras, donde aparecen *polyandria*). En cuanto a los monumentos, continúan los tipos anteriores aunque introduciendo variantes, y aparecen algunos modelos nuevos. En cambio, la desaparición de las estelas arcaicas hacia el 510–490 marca el inicio de un largo periodo en el que, al parecer, las señalizaciones exteriores y monumentales desaparecen de las tumbas privadas aunque no de las públicas (CLAIRMONT, 1983:75), quizá por prohibición expresa (CLAIRMONT, 1983:4); este periodo dura hasta c.430 en que aparecen las estelas "clásicas" en tumbas privadas.

Por lo que se refiere a las **inhumaciones**, aparecen sarcófagos monolíticos y compuestos, de caliza o mármol. Los niños siguen siendo inhumados por lo general, en recipientes o en bañeras. Las **cremaciones** siguen siendo sobre todo primarias, aunque también las hay secundarias. Las urnas son de tipos variados, incluyendo vasos metálicos.

Los monumentos siguen siendo túmulos circulares más cuidados que antes, aunque abundan sobre todo las tumbas cuadrangulares edificadas, a veces con trabajo de sillería de gran calidad. Ocasionalmente se conservan mojones u *horoi* que delimitan los recintos funerarios. A fines del s. V a.C. aparece un nuevo tipo de tumba, el *peribolos* o recinto que contiene varias tumbas, señaladas al exterior por varias estelas (FIG.14). También se desarrollan ahora las tumbas erigidas por el estado en la *Demosión Sema* o *"Tumba del Pueblo"* para los caidos en combate. Más adelante hablaremos de estos dos tipos especiales (ver Apdo.V).

Las estelas, que a finales del periodo Arcaico habían desparecido, resurgirán poco a poco, primero en forma de lajas simples sin decorar, sólo con el nombre del difunto (FIG.2). Poco a poco la ornamentación pictórica va creciendo, y hacia el

430 a.C. resurgen las estelas con una nueva tipología (JOHANSEN, 1951) y espléndidos relieves, coincidiendo en el tiempo con la finalización del Partenón. A veces se esculpen en relieve formas de grandes vasos cerámicos, pero sobre todo figuras humanas de variada tipología: individuos o parejas, de pie o sentados, de frente o perfil, etc.Conviene de todos modos recordar que la mayoría de las estelas clásicas son de calidad mediocre, y muchas francamente malas, lo que tiende a olvidarse ante la calidad de un número proporcionalmente reducido de piezas espléndidas publicadas una y otra vez (JOHANSEN, 1951:13). El sistema iconográfico ático es imitado en muchos lugares del mundo heleno, incluso en Creta, aunque muchas veces sin entender las sutilezas técnicas e iconográficas de los originales (KURTZ y BOARDMAN, 1971:136). Durante este período también aparece cierto número de esculturas zoomorfas exentas.

Por lo que se refiere a los depósitos de ofrendas y ajuares, cabe indicar que continúan los tipos citados en el período anterior, con variaciones menores. Entre los objetos destacan los lecitos de fondo blanco a los que nos referiremos luego (ver Apdo. VI).

IV.G. *Período Helenístico*

El período que comienza con la derrota de Queronea y la pérdida de la independencia política de las ciudades griegas supone un gran cambio en tantos sentidos que es inútil tratar de resumirlos aquí, y del mismo modo la ampliación del mundo funerario es tal que sólo podremos anotar algunos aspectos especialmente sobresalientes.

En Atenas las excavaciones publicadas de este período son escasas, y en general nuestro conocimiento es menor. La coexistencia de ritos continúa, aunque ahora predominará la inhumación, con tumbas de tejas, en bañeras (sobre todo para niños) y ataúdes de madera.

En su *De Legibus,* Cicerón nos informa de que el pensador y estadista ateniense Demetrio de Faleron consiguió imponer una legislación funeraria extremadamente restrictiva con los gastos, reduciendo los monumentos a tres tipos simples, el más frecuente de las cuales es la pequeña columna *(kioniskos).* Las leyes parecen haber sido respetadas, porque hasta el s. II a.C. no resurgirán las estelas con relieves y los monumentos ricamente ornamentados. De la misma manera, los ajuares de la Atenas helenística disminuyen en cantidad y calidad: siguen apareciendo estrígiles y espejos (utilizados como indicador de sexo), pero los esbeltos lecitos son sustituidos por ungüentarios fusiformes sin decorar, de factura mucho más basta. Por vez primera aparecen monedas destinadas a la paga del barquero Caronte, rito que por tanto es en extremo tardío.

En zonas periféricas, como Macedonia, el proceso es por completo distinto; buena prueba de ello es la monumentalidad y los espectaculares ajuares de las tumbas reales de Vergina, donde la tradición de grandes túmulos y de deposición de armas se remonta al menos a principios de la Edad del Hierro.

La Grecia del Este será ahora la que producirá los monumentos funerarios más espectaculares, siguiendo una tradición en la que participan elementos orientales junto a los puramente griegos, y que se remonta a época arcaica. Abundarán las tumbas de cámara excavadas de gran volumen, las fachadas arquitectónicas, y sobre todo los grandes mausoleos construidos (Fig. 15). Estos últimos tienen sus prototipos en época Persa, por ejemplo en Licia, donde los dinastas locales emplearon artistas griegos para edificar y decorar sus tumbas. La serie comienza en el s. VI (tumba del León) y continúa a lo largo del s. V a.C. (tumba de las Arpías). A fines del s. V las partes altas de estos grandiosos monumentos comienzan a adoptar formas de templo griego (monumento de las Nereidas). El clímax se alcanza a mediados del s. IV a.C. con la tumba de Mausolo de Caria en Halicarnaso, edificada por su viuda

Artemisia, en la que participaron los mayores artistas griegos del momento. También constituye una novedad del período helenístico la edificación de *heroa* para muertos recientes (ver Apdo. VII. C.).

V. *EL "PAISAJE FUNERARIO"*

V.A. *El aspecto general de un cementerio ateniense*

En este apartado hemos de referirnos fundamentalmente al conjunto mejor conocido: el ateniense del período clásico (para el período arcaico sólo podemos intuir dado que, como se ha dicho, muchos de los monumentos fueron utilizados para alzar las murallas de Temístocles).

La impresión global que el Cerámicoo podría causar en este período es muy distinta de la que pudiera parecer. La primera impresión sería de abigarramiento, amontonamiento, colorido y desorden, provocada por la variedad de tipos de tumbas (túmulos circulares y monumentos cuadrangulares, tumbas individuales y *periboloi*); por los remates y señalizaciones de los tipos variados (esculturas exentas zoomorfas, vasos de piedra, estelas con relieves, estelas pintadas con vivos colores); y por la acumulación de gran número de monumentos en un espacio reducido.

Muchos de los monumentos competían entre sí en su función de ostentación de riqueza y prestigio social. Esto se manifiesta con claridad en las tumbas edificadas, en la que los adobes son sustituidos por mampostería irregular y luego por sillares perfectamente escuadrados al menos en la fachada principal. El mismo fenómeno se produce en las estelas. La competencia entre las familias llevó a tales derroches económicos que hubo que limitar el gasto mediante leyes específicas (ver Apdo. VIII.A.).

V.B. *Algunos tipos especiales de monumentos*

V.B.1. *Demosion Sema (Fig. 5)*

Según Tucídides (II.34) era costumbre ancestral *(patrios nomos)* enterrar a los caídos en combate no en el campo de batalla, sino en la propia Atenas, y con un ritual especial basado en el ceremonial público y no privado (ver Apdo. VII.C.) y que comportaba la existencia de unas tumbas especiales en el *Demosion Sema* o "Tumba del Pueblo", camino ceremonial de 39 metros de ancho flanqueado por las sepulturas de los caídos en batalla. Mientras Tucídides nos detalla el ceremonial, Pausanias (*Per.* I, 29,3-16) nos describe los restos conservados en época helenística (JACOBY, 1944 y CLAIRMONT, 1983:29 ss. tienen opiniones opuestas sobre la fuente de Pausanias). Entre estas tumbas especiales más por su función que por su apariencia externa —aunque hay tipos arquitectónicamente peculiares— encontramos sepulturas individuales, colectivas y cenotafios. Paradójicamente, la tumba conocida más antigua de este grupo es la de los lacedemonios que cayeron en Atenas durante la revuelta que en 403 a.C. derribó a los 30 tiranos, según nos cuenta Jenofonte, y restableció la democracia en Atenas. Se han excavado bajo el monumento 13 tumbas, 3 de ellas separadas en una cámara especial. Veamos a este respecto lo quenos dice Jenofonte (Helénicas, II.33):

"Los lacedemonios, como muchos estaban heridos, se retiraron paso a paso muy acosados; los enemigos entretanto cargaban con más ímpetu aún. Entonces murieron Querón y Tríbaco, ambos polemarcos,, y Lácrates el vencedor olímpico, y otros lacedemonios que están sepultados delante de la puerta del Cerámico".

V.B.2. *Los Cenotafios*

Puesto que en la mentalidad ateniense era importantes enterrar en el Atica a sus muertos, entre otras cosas para poder

honrarlos adecuadamente, es natural que se construyeran cenotafios en aquellos casos en que por la razón que fuese no se podía recuperar el cadáver. No existe diferencia estructural entre un cenotafio y una tumba normal, salvo la ausencia del difunto, aunque hay dos signos distintivos. A veces se coloca en la tumba una piedra aislada que simboliza al difunto (fenómeno que, por ejemplo, también se da en la Protohistoria hispana) y en otras ocasiones se alude en la estela al carácter de cenotafio de la tumba, como ocurre en la conocida estela de Democleides (Fig. 16), en la que el difunto se sienta pensativo junto a sus armas sobre la proa de un trirreme, aludiendo a su muerte en el mar. Además de los cenotafios privados, hay otros estatales que entran en la categoría anterior.

V.B.3. *Periboloi (Fig. 14)*

Desde fines del s. V aparecen en Grecia unos recintos que agrupan varias tumbas, posiblemente de miembros de la misma familia (GARLAND, 1985:106; HUMPHREYS, 1980: 115-121) aunque otros autores duden de este último extremo (KURTZ y BOARDMAN, 1971:106). En realidad la idea de recinto se conoce ya desde el Heládico Medio/Reciente (Círculos A y B de Micenas), y continúa ocasionalmente durante el Geométrico (recinto con 13 tumbas de c. 740 a.C. en el Cerámico, HUMPHREYS, 1980:105) pero sólo es desde el s. V que el sistema se convierte en moda. Durante el s. IV el número de *periiboloi* asciende a centenares en las carreteras que salen hacia el Pireo, Eleusis, etc. Normalmente albergan sólo a 3 individuos mientras que son muy raros los que tienen más de seis (en algún caso un recinto llega a tener 18 tumbas abarcando cinco generaciones, (HUMPHREYS, 1980:115). Su construcción tiene el efectoo práctico de facilitar la visita a los familiares, pero el *peribolos* es a la vez un símbolo de estatus pensado para hacer ostentación de riqueza y poder con el mayor efecto posible (GARLAND, 1985:107), aunque muchas

veces tanto los monumentos completos como las estelas tengan algo de efectismo teatral, hallándose incompletas por detrás, donde no son visibles (Fig. 17).

V.C. ***La estelas: tipos y significado*** (Figs. 2, 4, 6, 12, 13, 16, 17)

Las estelas constituyen desde época micénica un elemento esencial de los monumentos funerarios griegos, en Atenas y fuera de ella, pese a momentáneos eclipses debido a la promulgación de leyes funerarias. La filiación de las estelas del Geométrico en adelante es debatida; cabría remitirse a las estelas micénicas decoradas, pero esta posibilidad es expresamente rechazada por algunos especialistas (p. ej.. JOHANSEN, 1951:65), quienes prefieren comenzar la línea directamente en el Geométrico, sin precedentes anteriores reconocibles.

Su función es múltiple, y como en otros casos ya analizados, las distintas posibilidades no son excluyentes entre sí.

a) Señalizar la tumba para evitar que sea destruida por otras posteriores. La primera señalización fue en época submicénica el montón de tierra suelta extraída del hoyo o fosa: luego vinieron el túmulo intencional y el objeto rematando el túmulo *(stele).*

b) La estela propiamente dicha llegará a ser un símbolo del difunto, que se adorna y ante el que se realizan los ritos mensuales y anuales (Figs. 2, 3).

c) Para MORRIS (1989:308) el monumento, sin ser un símbolo del difunto, perpetúa su memoria, permitiéndole ser recordado ante y entre los vivos: el monumento habla al caminante diciéndole "recuérdame, rescátame del olvido, hazme vivir de nuevo en las mentes de los hombres. La idea es en el fondo la misma del *tymbos* en Homero (MYLONAS, 1948:65). Para un ateniense, la estela no es sólo un memorial: ungida, coronada y alimentada, "era un foco de devoción y un objeto de adoración... Que era un lugar al que el muerto acudía no sólo

para beneficio material sino también intelectual lo prueban las representaciones de liras en lecitos, a veces colocados sobre la tumba y otras utilizados en sus cercanías. La sensibilidad de los muertos griegos, concebidos como retentores de sus facultades al menos en la vecindad de la tumba, es característica de la escatología griega" (GARLAND, 1985:119-120).

Conviene recordar que, además de las estelas pétreas, debía haber otras de materiales perecederos como madera. Recordemos a este efecto que en la Odisea los compañeros de Elpenor clavan un remo sobre su tumba (Odisea, XII.13).

Dos de los elementos más característicos de las estelas son los remates en forma de escultura zoomorfa y los relieves pintados con figuras humanas. Entre las esculturas hay tanto animales fantásticos como reales. Las esfinges, elemento característico de las estelas griegas arcaicas —y presentes también en la escultura ibérica, figs. 12, 13— pertenecen en la iconografía griega tanto al ámbito de lo sagrado como al de lo funerario, apareciendo representadas en ambos contextos. Su función no es bien entendida: (RICHTER, 1961: 6) considera que se trata de un protector del difunto, recogiendo un epígrafe bien explícito procedente de Tesalia: "Oh, esfinge, perro del Hades, ¿a quién proteges, sentada sobre los muertos?".

Entre los animales representados destaca el toro (un buen ejemplar se conserva todavía en el Cerámico), pero sobre todo el león, que en algún caso adopta varios significados simultáneos como protector del difunto, como metáfora de las cualidades del difunto enterrado bajo él, e incluso como verdadero símbolo parlante de un individuo llamado León.

En los relieves de las estelas arcaicas la representación habitual es una figura de pie caracterizada como guerrero (Fig. 18), atleta o anciano entre otras iconografías más infrecuentes (JEFFERY, 1962: 149), pero durante el período clásico aparecen verdaderas escenas, incluso con varias figuras en posturas diferentes, algunas de tipo bélico (como el famoso

cenotafio del jinete Dexileo) y otras con el tema de la despedida o con escenas de *dexiosis* (acto de estrechar las manos), iconografía esta última cuyo significado exacto se debate todavía (¿despedida de los vivos?, ¿reencuentro con los muertos?). En general, la interpretación de los diversos tipos de relieves en las estelas áticas es discutida (JOHANSEN, 1951: 53-64).

Un tipo muy peculiar de señalización son los grandes vasos de piedra, imitación de otros cerámicos, representando sobre todo lutróforos, vasos para agua utilizados en el ceremonial del matrimonio y que según algunos textos se colocaban sobre las tumbas de *aoroi* muertos solteros (Ver Apdo. VII.A.).

En muchos monumentos se inscribieron textos, que van desde simples menciones del nombre del difunto o del dedicante a epitafios en verso de contenido emocional, moral o abiertamente irónico. Un tipo bastante característico del pensamiento griego es el epígrafe en el que la tumba habla al lector, como el texto del *kouros* funerario de *Kroisos,* que dice al paseante:

"Párate y llora ante la tumba de Creso muerto, a quien el furioso Ares destruyó cuando combatía en primera fila".

Idea similar expresa el famoso epigrama de Simónides de Ceos sobre los espartanos caídos en las Termópilas, u otros epígrafes privados (p. ej. HUMPHREYS, 1980:104).

En cambio, los epígrafes rara vez nos indican la forma o tipo de muerte, a la que sin embargoo se alude a veces por la escena representada (caso de la estela de Democleides ya citada).

VI. *LAS OFRENDAS Y LOS AJUARES*

VI.A. *La función de los ajuares*

Ninguna fuente griega nos ofrece una idea explícita de la función exacta que cumplían los ajuares depositados en el interior de las tumbas. Como señalan KURTZ y BOARDMAN

(1971:206), es más que probable que no hubiera una doctrina coherente y cerrada en este sentido, sino que más bien se combinarían factores como la pertenencia de las piezas al difunto, el afecto especial que en vida tuvo a determinados objetos, la posible necesidad que el muerto tendría de algunos utensilios en el Más Allá, y por último la obligación de amortizar piezas utilizadas en el ritual funerario y por tanto inutilizables en el mundo de los vivos.

En las fuentes literarias pueden espigarse algunas alusiones referidas sobre todo a la utilización por parte de los muertos de objetos específicos. Así, Herodoto (V, 92) nos cuenta que la mujer del tirano Periandro de Corinto se queja desde el otro mundo:

"Melisa se negó a darle una pista y a revelarle en qué lugar se hallaba la suma de dinero, pues tenía frío —dijo— y estaba desnuda, ya que los vestidos que su marido había enterrado con ella no le servían para nada por no haber sido incinerados".

Algo parecido a lo que venimos diciendo opina Dodds sobre las ofrendas alimenticias:

"... actos tales como el de alimentar a los muertos parecen una respuesta directa a impulsos emocionales, sin que medie necesariamente ninguna teoría. El hombre, entiendo yo, da de comer a sus muertos por la misma razón que una niña da de comer a su muñeca; y como la niña, se abstiene de matar su fantasía aplicándole criterios de realidad" (DODDS, 1981:134).

VI.B. *Categorías de objetos*

Una clasificación conveniente de los distintos tipos de objetos es la propuesta por KURTZ y BOARDMAN (1971:207) en tres categorías:

VI.B.1. *Posesiones personales del difunto*

Desde época micénica los griegos se enterraron vestidos con el *kosmos,* con las fíbulas que sostenían las telas en posición y

con joyas y broches, algunos de los cuales se han utilizado para detectar influencias culturales e incluso penetraciones de pueblos. En ocasiones los objetos aluden al sexo o la actividad del difunto, mezclando a menudo lo estrictamente utilitario con connotaciones más complejas. Así, la correlación estrígile-varón y espejo-mujer no tiene por qué ser absolutamente automática. Entre los objetos más cargados de significado se encuentran las armas. Como era de esperar, son muy frecuentes en época micénica y su propia calidad y rica decoración dicen mucho sobre la ideología de poder de sus posesores; ausentes durante el Submicénico —lo que es lógico sólo hasta cierto punto—, reaparecen con fuerza durante el Protogeométrico y Geométrico (Fig. 9). Sin embargo, a partir de época Arcaica las armas están virtualmente ausentes en los cementerios atenienses y en general griegos (aunque KURTZ y BOARDMAN, 1971:207 insistan en que no son tan escasas). Desde el s. VII las armas griegas se encuentran sólo en necrópolis de zonas periféricas (Epiro, Macedonia) y en santuarios (Olimpia, por ejemplo). Sin embargo, las estelas siguen aludiendo muy a menudo al carácter guerrero del difunto enterrado debajo.

Muy frecuentemente las armas —y ocasionalmente otros objetos como los estrígiles como en una pieza de Gela— son inutilizados doblándolos o atravesándolos con un clavo. Frente a la opinión de otros autores, KURTZ y BOARDMAN (1970:217) arguyen que la intención no era impedir la reutilización, puesto que las armas podrían enderezarse con facilidad en una forja, sino "matar" o "cancelar" el objeto, quizá por su íntima asociación con el difunto.

VI.B.2. *Objetos de uso cotidiano con valor funerario*

Entre los objetos de uso cotidiano que en un contexto funerario adquieren un valor añadido específico relacionado con dicho contexto se pueden citar algunos ejemplos significativos. Por

ejemplo, en las tumbas infantiles es común hallar biberones de barniz negro con trazas de haber sido utilizados, y junto a ellos unas jarritas *(chous)* que, utilizadas en fiestas de tránsito durante la infancia, adquieren aquí una connotación especial (ver Apdo. VII.A.). Entre los adultos se encuentran ocasionalmente lucernas, que pueden aludir al carácter nocturno de los sepelios pero también pueden haber sido depositadas para facilitar el viaje del difunto al oscuro Hades.

No es raro hallar vasos cerámicos destinados a contener o beber agua. Los muertos aparecen frecuentemente sedientos en la literatura, y en el caso de los Orficos el agua adquiere una connotación especial: en una hidria-urna cineraria hallada en Farsalia, un texto sobre una lámina de oro dá instrucciones al muerto sobre dónde debe y dónde no debe beber en el Hades, hasta encontrar el agua del lago de la Memoria. A lo largo del s. V a.C., en Corinto, aparecen a veces jarras de agua cuyo borde está situado junto a la mandíbula de los cráneos.

Ya hemos aludido a la práctica tardía de colocar un óbolo en la tumba para que el difunto pague el transporte al Barquero. Esta idea aparece documentada por vez primera en Aristófanes (*Las Ranas,* 140 ss) pero las monedas no aparecen en tumbas atenienses hasta el período helenístico (GARLAND, 1985:23), y a veces en lugar de monedas se usan sustitutos de varios tipos (KURTZ y BOARDMAN, 1971:211). Pueden aparecer en la boca del muerto, pero también en varios lugares de la tumba, y en distinto número, aunque lo normal es una única pieza.

VI.B.3. *Objetos de carácter específicamente funerario*

Hay numerosos tipos de objeto que entran en esta categoría, por lo general copias en miniatura de vasos de cerámica, vasos de piedra macizos, más sencillos de fabricar, y sin otro posible uso que el funerario (KURTZ y BOARDMAN, 1971:213), y también a veces copias en piedra o arcilla de alimentos (huevos, modelos de animales), que acompañan o sustituyen a huesos de

animales quemados.

Otros tipos de objetos destinados a uso funerario son las barbilleras a veces de oro usadas para sujetar la mandíbula del difunto en la *prothesis,* las figurillas de arcilla en actitudes de duelo o incluso grupos que forman escenas, por ejemplo de *ekphora.*

Atenas es el lugar donde hay mayor cantidad y variedad de vasos destinados a uso funerario. Como ejemplo, citaremos el caso mejor conocido, el de los lecitos de fondo blanco (Figs. 2,3). Los vasos contenedores de aceite son extremadamente frecuentes en Grecia, por tratarse de un líquido utilizado en muchas funciones, desde el baño a la cocina pasando por el ritual funerario. Es pues natural que con el tiempo llegarán a fabricarse vasos específicamente diseñados para uso funerario por su decoración y su técnica de fabricación. Las dos variantes pricipales son el *squat lekythos,* bajo, de base ancha y sin hombro, decorado a menudo con una simple palmeta en rojo; y el lécito de fondo blanco, decorado con escenas de tema funerario. Esta última variante se convirtió desde c. 470 a.C. en una ofrenda favorita durante las visitas a las tumbas; con el tiempo se produjo un deterioro progresivo de su calidad, y hacia finales del s. V fue gradualmente sustituido por un tipo de calidad muy inferior y sin decorar, el ungüentario fusiforme.

Antes citábamos las peculiaridades iconográficas y técnicas que distinguen a los lecitos funerarios. Entre las primeras, cabe señalar dos grandes grupos de motivos predominantes en las escenas representadas: por un lado, imágenes de divinidades relacionadas con el Hades (Caronte remando en su barca, Hermes Psicopompo esperando o guiando el alma, etc.); por otro, escenas de visita a la tumba (ver Apdo. III.E.), con predominio de mujeres que decoran las estelas, hacen gestos de saludo o de dolor, etc. A veces aparecen figuras que según algunos autores podrían representar al propio difunto, pero la ausencia de rasgos iconográficos distintivos hace difícil asegurarlo. En cuanto a la fabricación, un rasgo frecuente es la presencia de un doble fondo en el vaso, invisible cuando está completo, que reduce enormemente la capacidad efectiva para contener el costoso aceite perfumado, lo que debía suponer un considerable ahorro (Fig. 19).

VII. *TIPOS ESPECIALES DE MUERTE Y SU EXPRESION ARQUEOLOGICA*

Hay una serie de muertes ajenas al ciclo biológico normal, que en el mundo funerario griego pueden reflejarse en el registro arqueológico o en las fuentes literarias. Algunos de estos tipos podrían considerarse casi como curiosidades desde un punto de vista estrictamente arqueológico, aunque no desde el enfoque de la historia de las ideas. De todos modos, incluso casos muy peculiares, como el de los *diobletoi* ("golpeados por Zeus") o muertos por un rayo, pueden tener expresión arqueológica particular y reconocible, como parece desprenderse del estudio de un túmulo excavado en el s. XIX en Turios (Magna Grecia) que contenía varios restos de personas muertas por rayos (GARLAND, 1985:99-100). Del mismo modo, el tratamiento dado a los *Deuteropotmoi,* ("los que tienen dos Destinos") o muertos aparentes que "resucitan" durante la *prothesis* muestra que casos muy especiales e infrecuentes pueden decir mucho sobre la concepción griega de la vida y la muerte. En este caso, los "resucitados" habían de pasar por una serie de ritos que en esencia le obligaban a repetir de manera abreviada todo el ciclo de la vida, desde el nacimiento a la madurez, incluyendo el baño del recién nacido y el amamantamiento en pecho de mujer.

Otros casos especiales (suicidas, criminales ejecutados, asesinados, etc.) tienen tratamientos peculiares, pero aquí nos concentraremos en los casos más frecuentes y relevantes.

VII.A. *Niños*

Los niños forman parte, junto con los jóvenes solteros (salvo los caídos en combate) del grupo de los *Aoroi,* aquellos muertos antes de tiempo. Los textos griegos aluden con especial emoción al suceso antinatural de que el padre tenga que enterrar al hijo y no al revés, aunque esta pena no se aprecia en el caso de recién nacidos o de niños muy pequeños, por razones que deben ser de tipo psicológico: dada la alta mortalidad infantil de la Antigüedad, el niño no pasaba a integrarse en la sociedad antes de una determinada edad, marcada por un rito; si fallecía antes, la pena era amortiguada por el hecho de que el bebé no se había integrado formalmente en la famlia y el cuerpo social, y los ritos funerarios reducidos a la mínima expresión reflejan esto arqueológicamente. Quizá también por ello encontramos enterramientos infantiles en zonas de hábitat en períodos en que los cementerios se colocan extramuros sistemáticamente.

En el caso de los *infantes,* en la inmensa mayoría de los casos los enterramientos son mucho menos cuidados y ricos que los de adultos. Predominan con mucho las inhumaciones sobre las cremaciones, y quizá sea conveniente recordar aquí el texto de Plinio (*Nat. Hist.* 7.72) según el cual "es una costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes". En Atenas las cremaciones infantiles son raras; aparecen en el área Suroeste del Agora en los siglos IV-III a.C., en un período en el que ya no hay en Atenas otro tipo de enterramientos intramuros. En cuanto a las inhumaciones, es común que el pequeño cadáver se deposite en *pithoi,* ánforas toscas, e incluso en recipientes de cualquier tipo, como panales o bañeras de arcilla.

En cambio, si un niño pasaba su *amphidromia* (o ceremonia en que se le daba un nombre) en torno a los 5-10 días de su nacimiento, pero moría antes de la *Anthesteria* (o festival de primavera en el que a los niños de 3 años se les regalaba una serie de objetos), parece observarse un sentimiento de pena

(GARLAND, 1985:82), y se encuentran tumbas con biberones usados e incluso una versión funeraria del *chous* o jarrita que se hubiera regalado al niño en la *Anthesteria* si hubiera sobrevivido.

VII.B. *Jóvenes solteros*

La muerte de un joven soltero es quizá el caso de *aoros* que más entristece a un griego, según se deduce del tono de los epitafios conservados (por ejemplo, en el Atica, de 20 inscripciones en que se cita la relación entre muerto y dedicante, 13 son de padres a hijos, (HUMPHREYS, 1980:104). Según Demostenes (44.18 y 44.30) la señalización de un soltero es un gran lutróforo (vaso nupcial) de piedra colocado encima de la tumba. De todos modos hay problemas en la determinación precisa de la forma del lutróforo (quizá se utilizaran varios tipos), y en cualquier caso la abundancia de la forma comúnmente identificada con el lutróforo en los cementerios atenienses ha bastado para que algunos duden de la identificación y hayan preferido creer que el vaso en cuestión correspondería a la forma comúnmente definida como lebes gámico, otro vaso usado en los ritos de matrimonio.

VII.C. *Héroes*

No es lo mismo Héroe que caído en combate, aunque el segundo pueda ser heroizado (los *andres genomenoi agathoi*); del mismo modo, no es lo mismo el "culto" a los antepasados que el culto a los héroes. Según FARNELL (1921:343), un héroe es "una persona cuya virtud, influencia o personalidad fueron tan poderosas durante su vida o por las circunstancias peculiares de su muerte que su espíritu llegó a ser considerado como un poder sobrenatural, que exigía ser reverenciado y propiciado". Pueden ser benefactores (como los Tiranicidas Harmodios y Aristogitón), estadistas, fundadores, soldados... (MORRIS, 1988:752). Las tumbas de los héroes, en general personajes

antiguos e incluso semilegendarios, solían estar acompañadas de *Heroa,* capillas erigidas sobre o junto al lugar supuesto de la tumba del héroe, y destinadas a su culto, conteniendo a veces material votivo. A menudo estaban dentro de las ciudades (en el ágora, junto a las puertas...) o incluso en un gran santuario religioso (*Heroon* de Pelops en el Altis de Olimpia). Incluso podían darse cenotafios dedicados a héroes, como en el caso de Posidonia (según KURTZ y BOARDMAN, 1971:299). Como se ha dicho ya (ver Apdo. IV.G) una característica del período Helenístico es que la heroización se extiende a muertos recientes, con lo que los *heroa* se multiplican.

VII.D. *Muerte en combate*

Ya se han ido viendo diversos ejemplos que muestran la concepción griega de la muerte en combate no sólo como digna y honrosa, sino incluso como deseable si llega en la edad madura. La dureza y crueldad de la muerte no se oculta, ni siquiera en Homero, pero aun así se contabilizan en la Iliada 318 héroes muertos en combate, cualitativamente distintos de la masa anónima de combatientes (MORRIS, 1989:303). El caído en batalla vive en la memoria de sus conciudadanos y de los helenos en general, y a través de su sepultura bien señalizada. A partir de c. 700 a.C., a la muerte del héroe individual, cabeza de un grupo de sangre, sigue la del hoplita ciudadano de la polis: el cambio social es radical, pero las actitudes ante la muerte sobreviven, esencial continuidad en general que Morris viene defendiendo con éxito frente a otras posiciones (MORRIS, 1987, 1989; OSBORNE, 1989).

La grandeza y dignidad de la muerte en combate tenía su reflejo en los ritos funerarios y formas de enterramiento. En Homero los muertos se incineran y entierran donde murieron (aunque no siempre, cf. CLAIRMONT, 1983:7; *Il.,* VII.334 ss); en cambio, los griegos posteriores suelen enterrar a sus caídos en fosas comunes en el propio campo de batalla (JACOBY,

1944:43; GARLAND, 1985:89; KURTZ y BOARDMAN, 1971: 108) salvo quizá en el caso de los atenienses, cuya costumbre ancestral *(patrios nomos)* era enterrar a sus caídos en Atenas en ceremonia pública según nos cuenta Tucídides, costumbre mantenida excepto en algunos casos excepcionales como el de Maratón en que se erigió un túmulo *in situ.* Varios autores sin embargo (JACOBY, 1944:47; CLAIRMONT, 1983:7 ss) han discutido este texto, manteniendo que el funeral público en Atenas se introdujo sólo hacia el 465 y que por tanto el túmulo de Maratón fue normal, como lo sería el de Platea o el de Salamina. En distintos lugares de Grecia se han excavado *polyandria* o fosas comunes de caídos en batallas, identificadas (Maratón, Queronea, Platea), o no.

Tucídides (II.34) nos habla de los funerales de estado atenienses, siguiendo una costumbre ancestral de fecha indeterminada. Según las descripciones, la *prothesis* duraba tres días en lugar de uno, la *ekphora* se realizaba en carros en lugar de en andas, y cualquier mujer podía participar en el cortejo. El lugar de enterramiento de estos muertos atenienses estaba en el Cerámico, "en la mejor zona de Atenas", conocido desde el s. IV como *Demosion Sema* (ver Apdo. V.B.1). El funeral tomaba un carácter no familiar sino cívico y por tribus (JACOBY, 1944:38), lo que quizá respondió a una política consciente de arrebatar al mundo de los lazos de sangre el derecho de enterrar a los muertos en favor del ámbito de lo político (GARLAND, 1985:90). De hecho, este carácter estatal era enfatizado por un discurso fúnebre o *epitaphios logos;* el mismo Tucídides (II,34,6) nos facilita una emotiva reconstrucción del pronunciado por Pericles en 438 a.C. por los muertos contra los Samios (la otra cara de la moneda, descaradamente irónica, es la que ofrece Platón en su *Menéxeno* (235b). Tras el sepelio, se celebraban juegos funerarios anuales en honor de los muertos, bajo la supervisión del Polemarco (Aristóteles, *Pol.* 58.I; CLAIRMONT, 1983:22 ss.). Además, cada año se inscribía en

diez estelas, una por cada tribu, el nombre de los caídos en combate; se han identificado restos de al menos 30 de estas listas (CLAIRMONT, 1983), casi todas incompletas, la más antigua de las cuales data del 465 a.C. (lo que ha sido utilizado por autores como Jacoby (1944:41) para datar en fecha tardía el comienzo del *patrios nomos*. Las listas de bajas parecen desaparecer en el s. IV a.C. (CLAIRMONT, 1983:21).

Si los muertos caen lejos de su patria, se procuraba cremarles en el campo de batalla y traer sus cenizas a Atenas. En caso de que incluso esto fuera imposible, se erigía un cenotafio.

A lo largo del tiempo, los rituales de sacrificio asociados al recuerdo de los caídos en combate adquirieron una grandeza especial, como en el caso del sacrificio por los caídos en Platea que nos narra Plutarco (*Aristides*, 21; ver BURKERT, 1983:56).

VIII. ASPECTOS SOCIALES DE LA "ARQUEOLOGIA DE LA MUERTE" EN GRECIA

VIII.A. Ostentación y riqueza: leyes suntuarias

Lo que hasta ahora hemos venido diciendo prueba que la dimensión social del enterramiento es básica en el ritual funerario griego, y que las tumbas reflejan el orgullo de quienes las edificaron en honor de sus muertos y de ellos mismos; este fenómeno se produce porque un funeral reune a toda la familia y proporciona una gran oportunidad para la ostentación de riqueza y la expresión del orgullo familiar y solidaridad de sangre.

G. RICHTER (1961:1) decía que "La bien conocidad reverencia de los griegos hacia sus muertos llevó de manera natural a la erección de importantes monumentos funerarios" lo que es cierto pero sólo parcialmente; junto a los aspectos emocionales hay otros menos "elevados", a los que la moderna "Arqueología de la Muerte" ha prestado especial atención en las dos últimas décadas: la ostentación de poder y riqueza por parte de los grupos sociales.

En las páginas anteriores hemos visto que los mayores gastos y las manifestaciones más espectaculares del ritual funerario griego no se producen en los ajuares –que le suelen ser modestos salvo en zonas periféricas– sino en los ritos que eran visibles **para los vivos**, y –clínicamente a lo largo del tiempo– en la estructura de la tumba, aunque ocasionalmente surge la picardía de las estelas inacabadas por detrás y los lecitos con doble fondo. Sin embargo, la mejor expresión de los excesos a que podía llegar la ostentación funeraria es la existencia de distintas legislaciones que a lo largo del tiempo hubieron de poner coto periodicamente al exceso en las manifestaciones externas de dolor y en los gastos funerarios privados.

En la tradición griega –recogida por Cicerón en *De Legibus*, II,26) las primeras leyes suntuarias fueron dictadas por Solón a principios del s. VI a.C. (Plutarcio, *Solon*,21). A estas le siguieron otras algo despues, quizá c.530 a.C., coincidiendo con el declive de las estelas arcaicas; la última legislación de este tipo fue promulgada por Demetrio de Faleron, y según el *Marmor Parium* data del 217 a.C.Además, Platón (*en Leyes*, XII,958) alude a una legislación de este tipo. Otras disposiciones legales se han conservado fuera de Atenas, como en una inscripción de Iulis (isla de Ceos, frente al Atica), datada en el s.V a.C.; y algunas alusiones en fuentes literarias se refieren a legislación de otras ciudades (Herodo, VI,58 sobre Esparta , por ejemplo).

La repetición periódica de la legislación es prueba en sí misma de que la tendencia era a no respetarla, y la evidencia arqueológica apunta en este sentido: tras 530 y tras c.325 hay una marcada disminución en la ostentación de los monumentos funerarios (desaparición de las estelas arcaicas y de las estelas clásicas sustituidas por *kyniskoi* mucho más sencillos). Por otra parte, la disminución en el lujo permitido a las tumbas privadas es inversamente proporcional al gasto en los funera-

les estatales de los caídos en combate, fenómeno que se aprecia con claridad en el s.V a.C.; la tendencia a la ostentación fue sin embargo difícil de contener, como se observa en la aparición y evolución arquitectónica de los *periboloi*.

Es curioso que el principal sistema de limitación previsto por las leyes reales o ficticias corresponda a uno de los medios utilizado por la moderna "Arqueología de la Muerte" para calcular objetivamente el gasto efectuado en una tumba: nos referimos a la aplicación por parte de los griegos, mucho antes que Renfrew y otros investigadores modernos, del "effort expenditure principle". En efecto, Cicerón explica (*De Leg.* II,26,64) que en la legislación posterior a Solón se decretó que nadie edificara una tumba que requiriese el trabajo de más de diez hombres durante tres días; Platón aplicó el mismo principio (*Leyes*, XII,958D) al proponer un periodo de cino días para cinco personas. Dicha prescripción debe limitarse, suponemos, al trabajo de construcción del túmulo, más que a la señalización (estela...) (HUMPHREYS, 1980:102).

Otras restricciones propuestas en la legislación fueron prohibir determinado tipo de material constructivo *(opus tectorium),* o de remate/señalización. El filósofo y estadista helenístico Demetrio de Faleron fue el que llegó más lejos al prohibir todo tipo de estela salvo tres tipos extremadamente sencillos.

Las limitaciones propuestas por Platón indican también las lineas básicas utilizadas por otra legislación existente: limitar la duración de la *prothesis* al tiempo imprescindible para asegurarse de la defunción, limitar la duración, limitar la *ekphora* a las horas nocturnas, limitar los epitafios a 4 lineas de texto, etc. La ya citada inscripción de Iulis sigue esta tendencia y la de la supuesta legislación soloniana: se especifica el coste (no mayor de 100 dracmas) del *kosmo* del difunto, se ordena que el lecho ha de ser sencillo y no debe quemarse con el muerto, que la *ekphora* se realice en silencio, etc.

Lo que sabemos de las leyes espartanas nos habla de un ritual en extremo austero –salvo en el caso de los reyes–: el ajuar se reduce al mínimo o desaparece, los epitafios se prohiben salvo para los caidos en combate –y en ese caso sólo se inscribe el nombre–, los cadáveres se envuelven en el rojo manto militar.

VIII.B. ¿Quienes se enterraban en las necrópolis?

Ya hemos ido viendo **dónde** se enterraban los atenienses desde el periodo Geómetrico, con una marcada tendencia a separar el espacio de los vivos del de los muertos, hasta el punto de que a partir del 500 a.C. se ha especulado con la posible existencia de una ley que prohibía enterrar intramuros, salvo a los niños pequeños (FIG.8). Es también una tendencia asumida por los griegos evitar disponer las necrópolis en zonas cultivables –habida cuenta de la escasez de terreno fértil–. El otro problema es saber **quiénes** tenían derecho a enterramiento formal en necrópolis a lo largo del tiempo, problema que es más espinoso de lo que pudiera parecer.

Uno de los problemas básicos a la hora de intentar reconstrucciones paleodemográficas a partir de las necrópolis es el de definir qué grupos sociales tenían derecho a enterrarse, y el de determinar si ese derecho varía con el tiempo. Frente a las opiniones más tradicionales que explicaban los cambios en el número de tumbas en función de crecimiento demográfico, MORRIS (1987) ha propuesto un modelo por completo distinto. Si tomamos por ejemplo el periodo entre el s. IX y el VII a.C. en Atica, se observa un gran crecimiento de las necrópolis a fines del VIII en comparación con periodos anteriores, y un fuerte bajón en el s. VII (FIG.20). Lo que para la interpretación clásica (MORRIS, 1987:72) debía explicarse en función de "boom" demográfico y hambrunas, para Morris se explica –y su propuestas está siendo generalmente aceptada– en función de que durante la segunda mitad del s. VIII recibe sepultura formal

un porcentaje mayor de la población, representando además una pirámide de edad más completa que en los momentos anteriores y posteriores. Más aún, MORRIS propone que en el s. VIII se proporciona enterramiento formal a personas ajenas a la aristocracia, mientras que el declive del s. VII es interpretado como una victoria de la nobleza ateniense sobre la nueva ideología política (aparición de la *polis*) y una regresión al sistema anterior, si bien sólo temporal.

MORRIS (1987 *passim*) ha probado que hay cambios significativos en la estructura demográfica de los cementerios c. 900, 725, 700 y 500 a.C., y sostiene (1987:58–61) que los periodos de cementerios reducidos de adultos con exclusión de los menores de 10 años y de una parte de los adultos, entre 1050–750 y 700–510 a.C. corresponden a fases en que sólo un subgrupo de la sociedad, el de estatus elevado, recibía enterramiento formal, mientras que en los demás periodos la estructura de edad es completa, correspondiendo a una extensión del derecho de enterramiento (FIG. 21). La razón para determinar el rango social como criterio de exclusión se basa sobre todo en el análisis de la actitud reflejada en las fuentes literarias (p. 93), pero también en medios arqueológicos de contrastación como la mayor variabilidad funeraria en periodos de no –exclusión (MORRIS, 1987:110 ss.). Para Morris, los *agathoi* enterrados siempre supondrían entre un 25 y un 50% de la población total (p.94), corresponda no sólo a la nobleza eupátrida sino también a campesinos acomodados. La ausencia de grupos enteros de población en los cementerios formales no implica necesariamente que fueran abandonados sin más (p.105), sino que el rito no es arqueologicamente visible o recuperable hoy en día.

La reconstrucción histórica que Morris hace de este fenómeno es la siguiente: el enterramiento formal restringido a un grupo de *agathoi* hasta mediados del s. VIII corresponde a una estructura social basada en la relación servo–señor. Hacia el

750 el cambio radical producido en la estructura funeraria ateniense correspondería al nacimiento de la idea de *polis* y la aparición de la ciudadanía. La derrota de este concepto hacia el 700 a.C. se relacionaría con el resurgimiento de los grupos aristocráticos y por tanto una vuelta a los antiguos patrones funerarios; sólo hacia fines del s. VI volvería a surgir el ideal político que finalmente cristalizaría en las reformas de Clístenes, y que se reflejaría en un nuevo cambio en la estructura de las necrópolis atenienses (MORRIS,1987:216).

VIII.C. *Estatus y emulación*

Algún autor (CANNON,1989) ha enfatizado recientemente el carácter cíclico de muchos aspectos del rito funerario ateniense, debido en el caso de los monumentos a las cortapisas introducidas por leyes cuando los gastos comenzaban a amenazar la economia de los vivos, en una carrera irrefrenable de ostentación de piedad y de riqueza. Este fenómeno se observa también con claridad en los ajuares y ofrendas funerarias, como por ejemplo ha señalado Morris en relación con la cantidad de objetos de metal en las tumbas (1987:147 ss.). Durante el Submicénico, el metal aparece en un porcentaje reducido de tumbas; durante el Protogeométrico –cuando el acceso a enterramiento formal es más reducido– la proporción de tumbas con metal es mayor *(agathoi)*, proceso que continúa durante el Geométrico Antiguo aunque crecen las diferencias en cantidad. Durante la ruptura del Geométrico tardío, en la segunda mitad del s. VIII a.C., cuando se extiende el acceso a enterramiento formal, el porcentaje de tumbas con metal desciende en picado, lo que nos parece razonable (los *kakoi* tendrían ajuares más modestos). La cadena se rompe aquí porque desde el comienzo del período arcaico los ajuares metálicos están virtualmente ausentes.

Sin embargo, CANNON (1989:445) presenta una explica-

ción diferente que tiene en cuenta un importante fenómeno, el de emulación (BRADLEY, 1988:328; MORRIS, 1987:16). Según su modelo, el porcentaje en descenso de tumbas con metal en el Geométrico Tardío, se debe a que los grupos de estatus elevado dejan de incluir metal en sus ajuares por reacción ante el mayor acceso al metal por parte del conjunto de la sociedad; dicho de otra forma, paradójicamente deberíamos esperar que sean las tumbas de individuos de estatus inferior las que tengan metal en sus ajuares, mientras que los individuos de estatus elevados rechazan la ostentación de riqueza y vuelven a distinguirse de los inferiores mediante otro símbolo de estatus. Según el mismo modelo de emulación, la legislación funeraria ateniense que siempre tendió a limitar el tamaño de los monumentos funerarios pudo ser en realidad la expresión legal de una tendencia ya preexistente por parte de los individuos de estatus superior —y detentadores del poder— a limitar la ostentación de sus monumentos, precisamente porque la tendencia a la emulación de los grupos de estatus inferior estaba haciendo que estos grupos imitaran los monumentos de aquéllos incluso más allá de su capacidad económica (por ejemplo las estelas, RICHTER, 1971:i). De hecho, así se explicaría la aparente contradicción de que los grupos gobernantes limiten su propia ostentación, porque lo que se estaría limitando sería en realidad la de los grupos inferiores (CANNON, 1989:445). MORRIS (en CANNON, 1989:452) ha matizado esta opinión, ya que sostiene que la autolimitación del s. VII es un fenómeno aristocrático, mientras que la del s. V sería un "elemento de una cultura democrática radical", con un Estado monopolizador del poder, que se apropia de las tumbas monumentales para los muertos de guerra enterrados en ceremonia cívica y no familiar. Así se explicaría que hacia 425 los poderosos retomaran para uso privado símbolos que habían sido democráticos y estatales durante tres siglos. El mismo Morris propone esta útil secuencia de ostentación-limi-tación (en CANNON, 1989:452):

OSTENTACION	LIMITACION	
1100	1050-925	
850	825-750	
725	700-600	(fenómeno aristocrático)
550	500-425	(democracia)
325	300-200	

Cabe señalar que este mismo fenómeno cíclico ha sido insertado por CANNON en un contexto antropológico e histórico más amplio al analizar fenómenos comparables de ciclos de ostentación-limitación en culturas tan dispares como la de los indios iroqueses en Norteamérica o la de la Inglaterra victoriana.

BIBLIOGRAFIA

BRADLEY, R. (1988): "Status, Wealth and the Chronological Ordering of Cemeteries", *PPS*, 54, 327-329.

BURKERT, W. (1983, ed. or. 1972): *Homo Necans, The Anthropology of Ancient Greek Sacrificial Ritual and Myth*, Univ. of California Press, Berkeley-Los Angeles-Londres.

CANNON, A. (1989): "The Historical Dimension in Mortuary Expressions of Status and Sentiment", *Current Anthropology*, 30, 437-458.

CLAIRMONT, C.W. (1983): *"Patrios Nomos.* Public burial in Athens during the Fifth and Fourth centuries B.C.", *BAR Int. Series*, 161, Oxford.

COLDSTREAM, J.N. (1977): *Geometric Greece*, Londres.

DODDS, E.R. (1981 ed. or. 1951): *Los Griegos y lo Irracional*, Madrid.

FARNELL, L.R. (1921): *Greek Hero Cults and Ideas of Inmortality*, Oxford.

GARLAND, R. (1985): *The Greek way of Death*, Londres.

HUMPHREYS, S.C. (1980): "Family tombs and tomb cult in Ancient Athens: tradition or Traditionalism", *JHS*, 100, 96-126.

JACOBY, F. (1944): *"Patrios Nomos:* State burial in Athens and the public cemetery in the *Kerameikos"*.

JEFFERY, L.H. (1962): "The inscribed gravestones of Archaic Attica", *AJA*, 57, 120-153.

JOHANSEN, K.F. (1951): *The Attic grave-reliefs of the classical period,* Copenhague.

KURTZ, D.C.; BOARDMAN, J. (1971): *Greek Burial Customs,* Londres.

MORRIS, I. (1987): *Burial and ancient society. The Rise of the Greek city-State.* Cambridge.

MORRIS, I. (1988): "Tomb cult and the 'Greek renaissance': the past in the present in the 8th century B.C.", *Antiquity*, 62, 750-761.

MORRIS, I. (1989): "Attitudes towards Death in Archaic Greece", *Classical Antiquity*, 8.2., 296-320.

MYLONAS, G.E. (1948): "Homeric and Mycenaean burial customs", *AJA*, 52, 56-81.

OSBORNE, R. (1989): "A Crisis in Archaeological History? The Seventh Century B.C. in Attica", *A.B.S.A.*, 84, 297-322.

RICHTER, G.M.A. (1961): *The Archaic Gravestones of Attica,* Londres.

VERMEULE, E. (1984, ed. or. 1979): "La muerte en la poesía y el arte de Grecia", Méjico.

RESUMEN CRONOLOGICO DE LA EVOLUCION DE LOS RITOS FUNERARIOS

PERIODO		FECHAS	SUCESOS Y RITOS
HM	(1900-1600)	c. 2000	Primer enterr. Agora Atena
		c. 1.650	Círculo B Micenas
HRI	(1600-1500)	c. 1600	Círculo A erigido
		c. 1500	Ultima tumba Círculo A
HRII	(1500-1400)	C. 1520-1300	Tumbas de Tholos
HRIIIA	(1400-1300)	c. 1400	Cistas en lugar de cámaras en Agora Atenas
		c. 1330	"Tesoro de Atreo"
		1350-1200	Sigue inhumación. Aparece cremación, rara.
HRIIIB	(1300-1200)	s. XIII	Vallado Círculo A Micenas
			Tholos "de Clitemnestra"
			Inhumac. individuales
HRIIIC	(1200-1125)	c. 1220	Caída de Troya
SUBMICENICO	(1125-1050)		Cremación secundaria extendida por Grecia ¿nuevas gentes? Predomina inhum. individual.
PROTOGEOMETRICO	(1050- 900)		Cremación predomina Atenas y Creta. Inhumación predomina resto Grecia
GEOMETRICO	(900-700)	c. 900	Vuelve el rito de inhumación en fosa a Atenas. Coexisten los dos. ¿Gusto personal?
		775-725	Anforas del Dypilon. Cremaciones
		c. 725	Recinto funerario en el Agora
ARCAICO	(700-490)	c. 700	Cremación primaria predomina en Atica
		700-650	Túmulos señalados por grandes vasos. Los túmulos crecen en tamaño-se trae tierra al cerámico
		c. 640	Se limita el tamaño de los túmulos
		c. 610	Primeras tumbas adobe sustituyen túmulos

PERIODO	FECHAS	SUCESOS Y RITOS
	c. 600	Primeras estelas sustituyen vasos cerámicos. Remates en gola y esfinge. Primeros lecitos como ofrenda funeraria.
	594	Legislación funeraria de Solon
	c. 570	Primeras estelas con figs. hum.
	c. 530	Remates palmetas sustituyen a esfinges
	c. 510	Declive estelas arcaicas
	c. 510	Estela de Aristión
	500-430	Escasas estelas en Atenas de este período
	c. 500	Ultimos enterramientos en el Agora-Atenas. Posible prohibición tumbas intramuros. Cremación menos frecuente
CLASICO (500-3030)	c. 480	Primer ejemplo de *dexiosis* (estrech. mano) en una est. clás.
	479	Murallas de Temistocles. Se utilizan tumbas para levantar muralla en el Cerámico
	c. 470	Primeros lecitos con iconografía funeraria
	470-410	El lecito, ofrenda funer. favorita
	465-464	Primera "Lista de Bajas" conservada
	439	G. PELOPONESO. Epithaphios Logos de Pericles
	430-417	Estelas clásicas atenienses
	c. 400	Monum. de las nereidas. Jnatos
	394	*Peribolos* de Dexileo en el Cerámico. Extensión de los "family-plots"
	c. 350	Tumba de Mausolo, sátrapa de Caria (Halicar.)
	338	Queronea. Reutilización estelas en murallas
HELENISTICO	317	Abandono sistema Peribolos en el Cerámico
	317	Legislación funeraria de Demetrio de Faleron

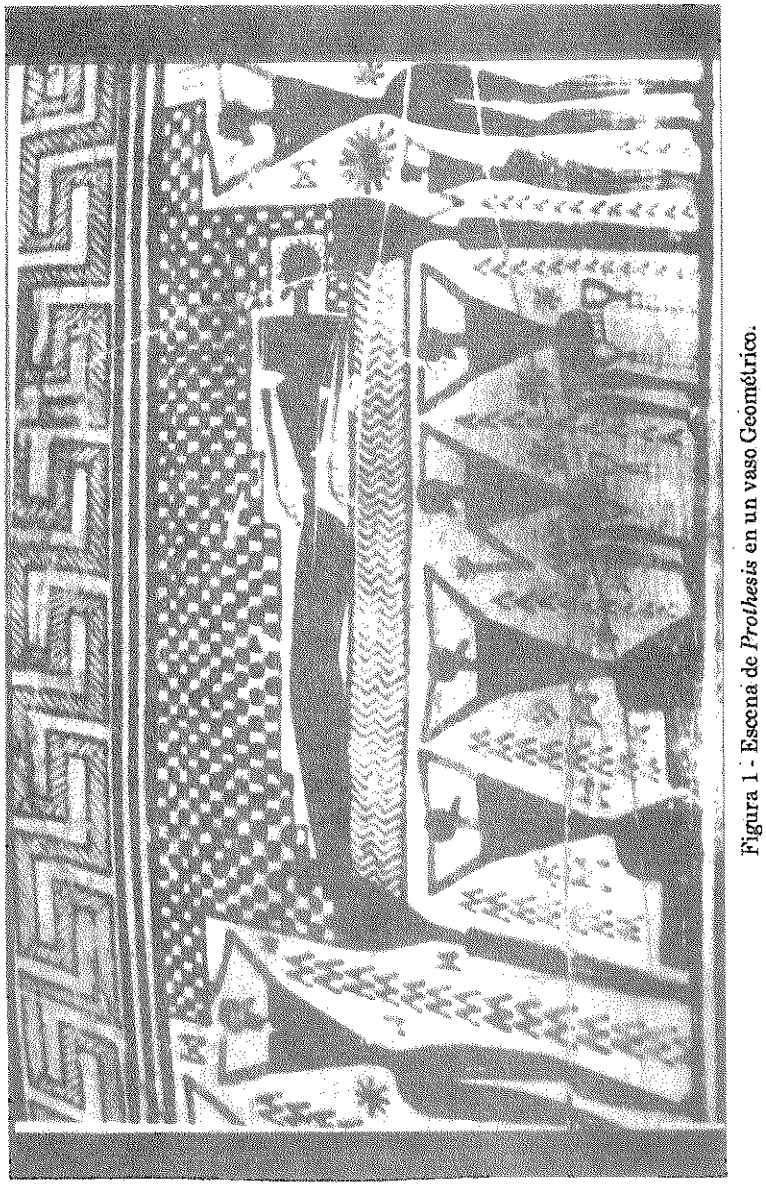

Figura 1 - Escena de *Prothesis* en un vaso Geométrico.

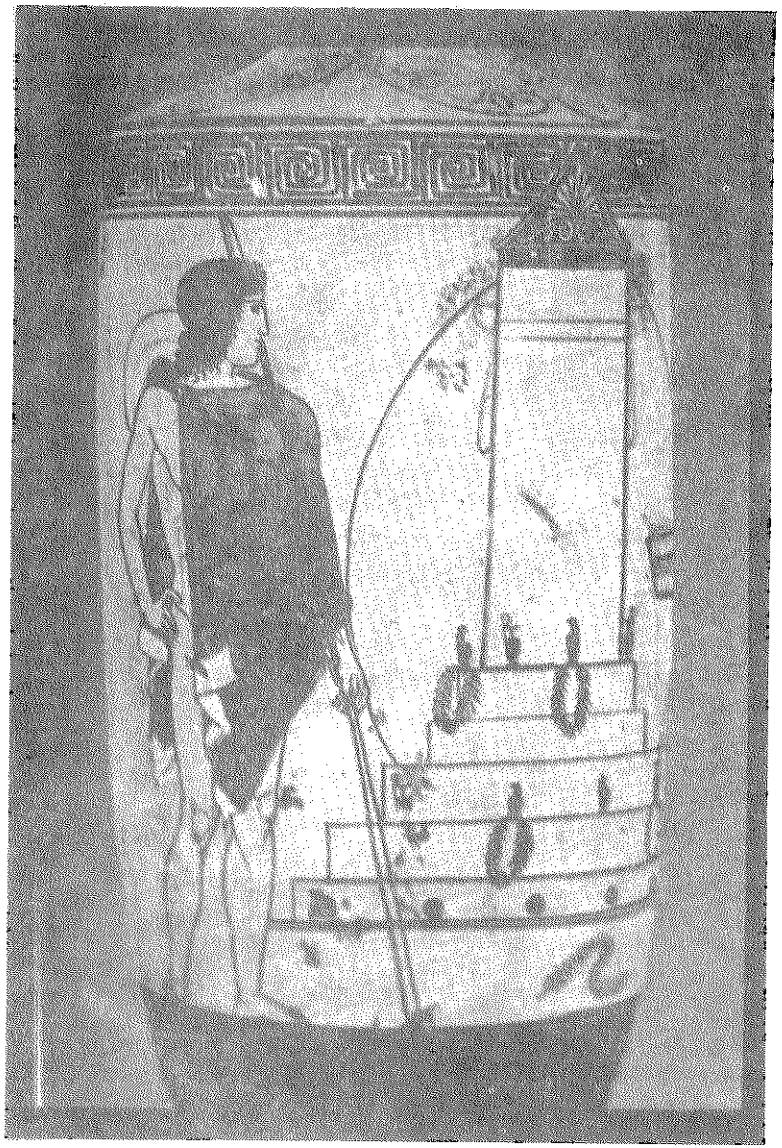

Figura 2 - La visita a la tumba. Lécito de fondo blanco.

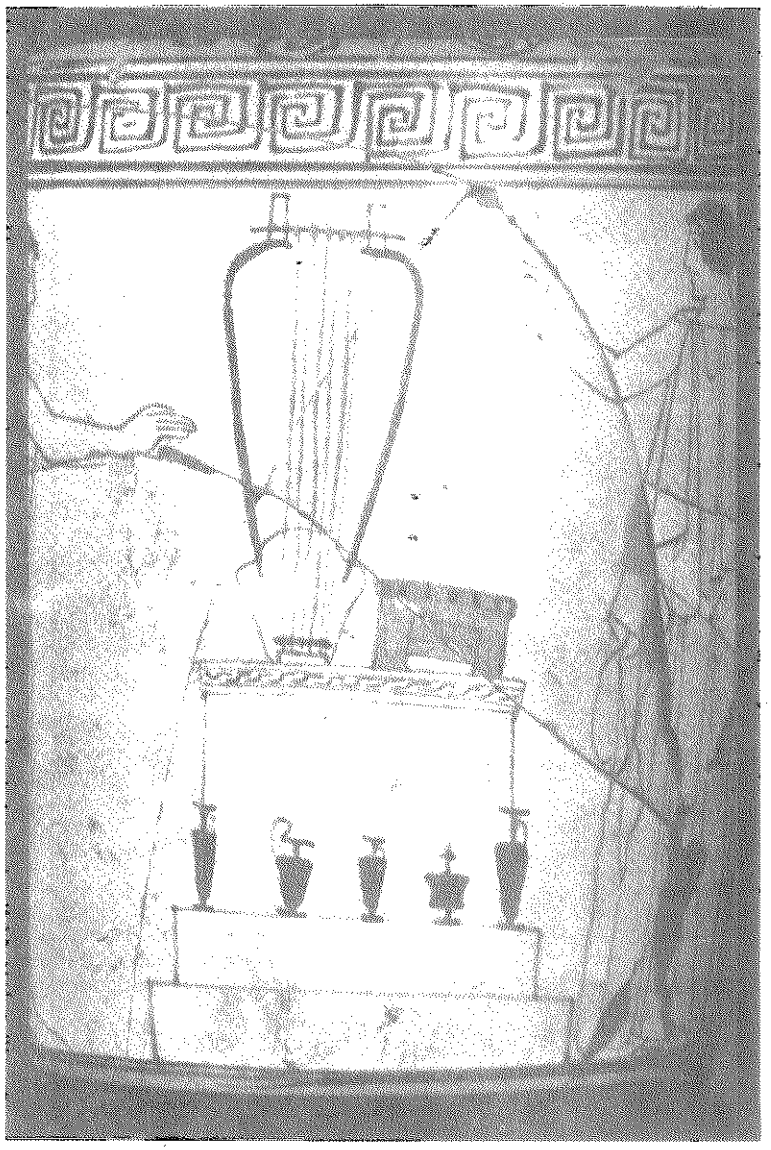

Figura 3 - Ofrendas ante una estela funeraria.

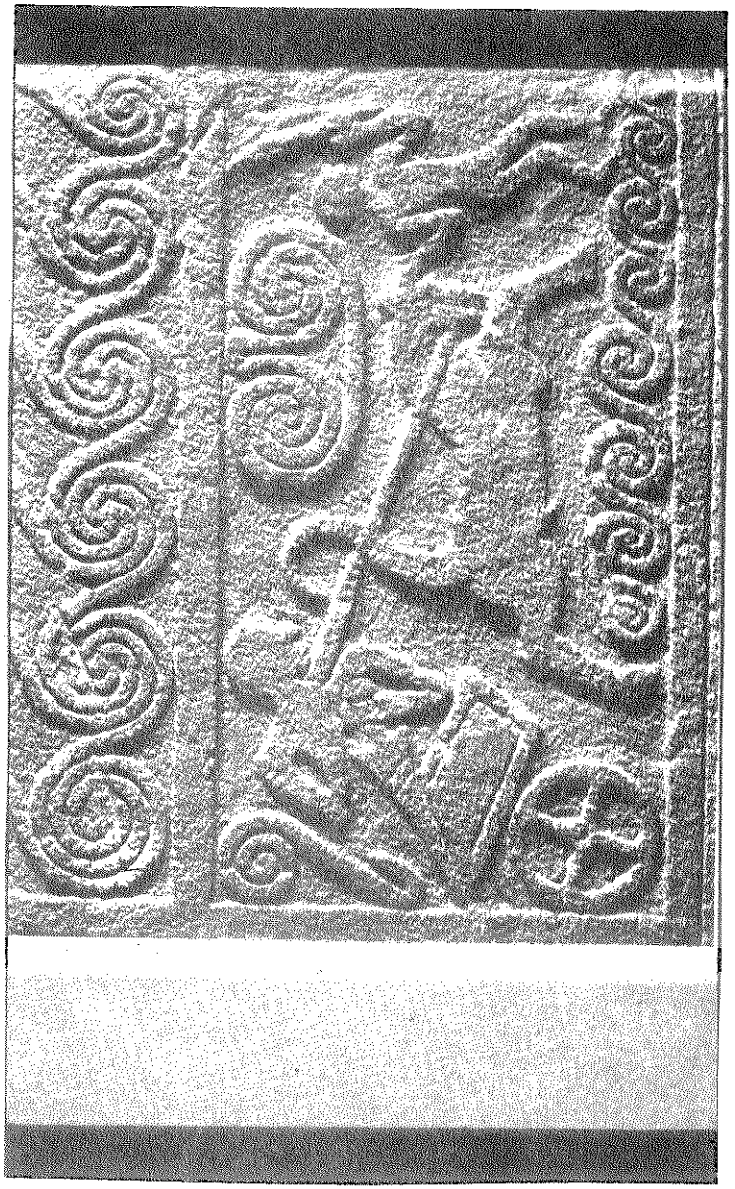

Figura 4 - Estela funeraria micénica.

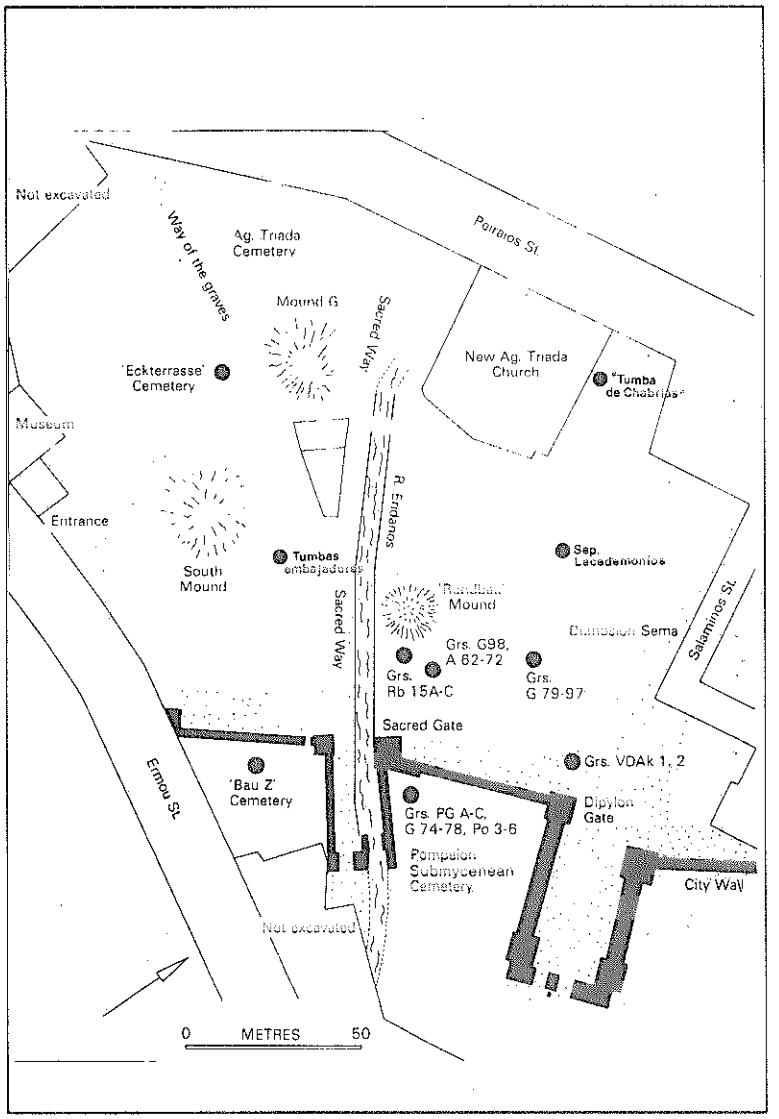

Figura 5 - Plano del cementerio del Cerámico en Atenas (según KURTZ y BOARDMAN (1971) modificado con MORRIS (1987)

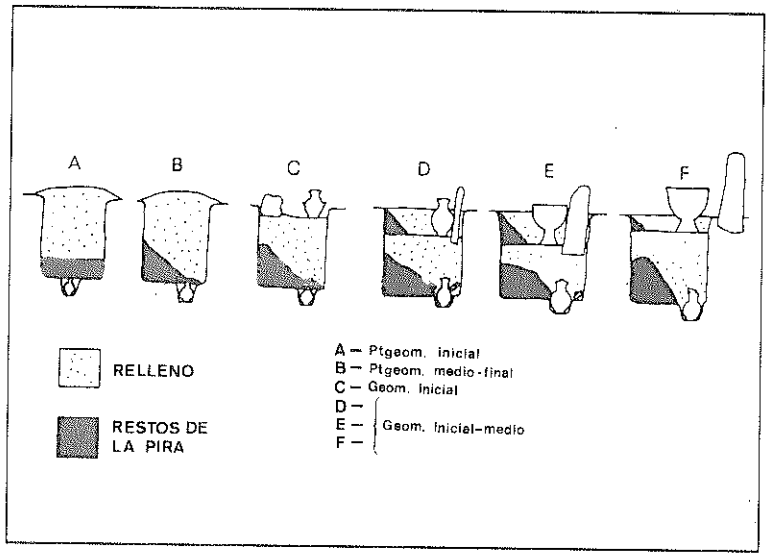

Figura 6 - Evolución de las sepulturas de cremación del Protogeométrico al Geométrico Medio (según SNODGRASS).

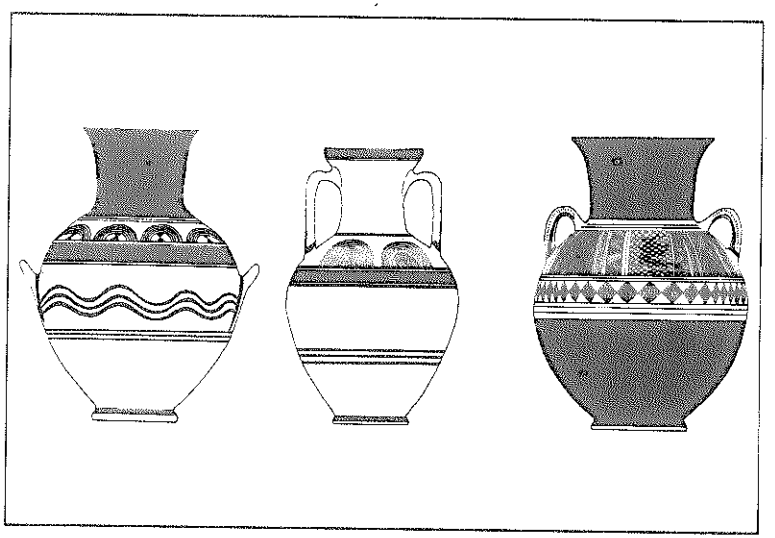

Figura 7 - Tipos de urnas cinerarias protogeométricas (de BIERS).

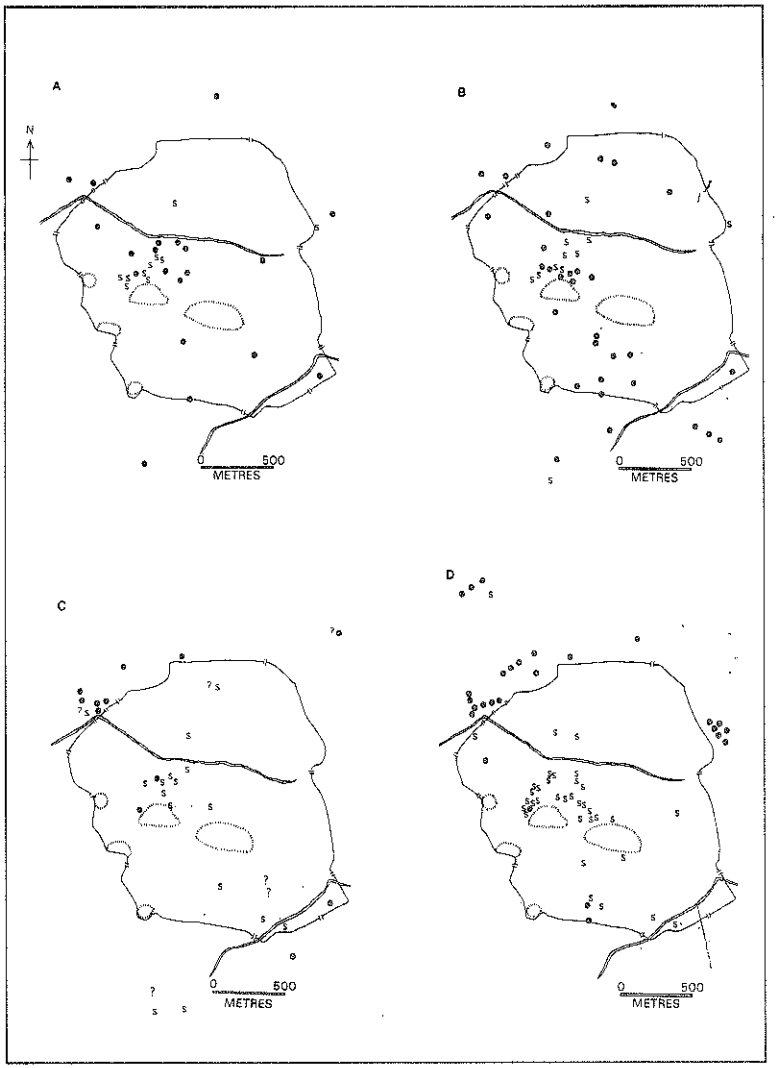

Figura 8 - Evolución de la dispersión de las necrópolis en Atenas (MORRIS, 1987). Los puntos negros indican cementerios o tumbas; las "S", indicios de asentamiento. Datos a partir de la cerámica hallada: A.- Protogeométrico B.- Geométrico Inicial-Medio C.- Protoático D.- Figuras Rojas, fase inicial.

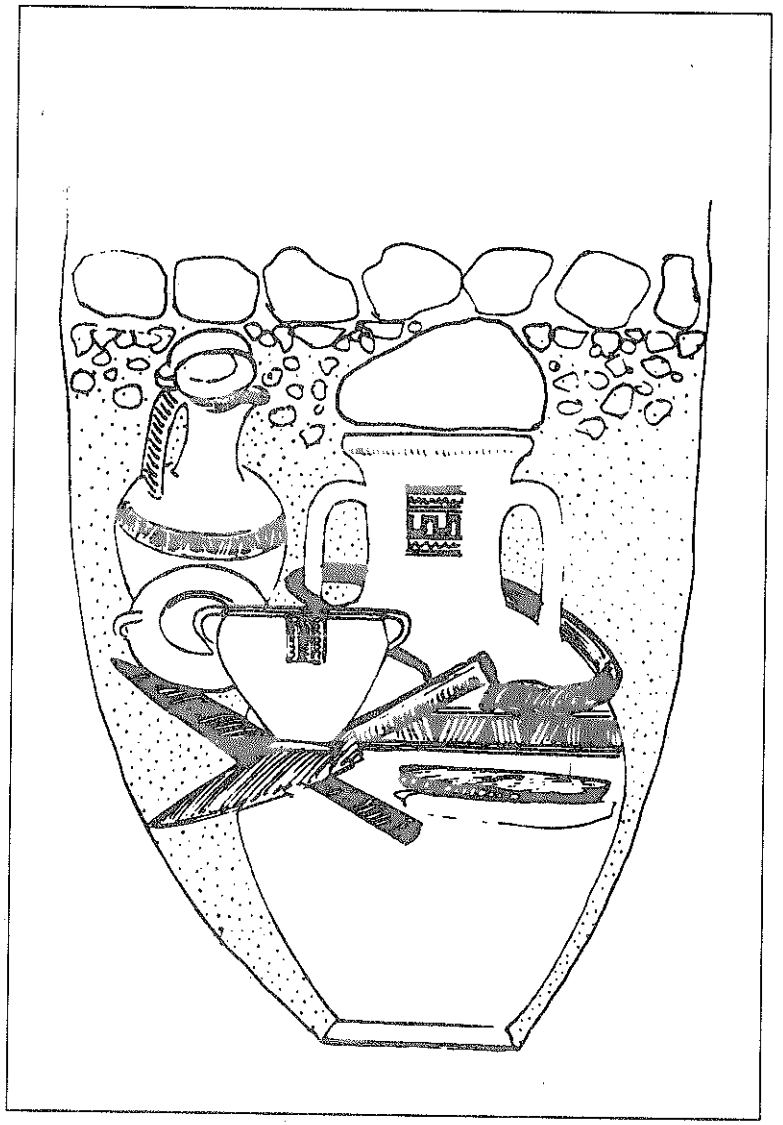

Figura 9 - Cremación con armas del Geométrico Antiguo, Areopago de Atenas (según COLDSTREAM).

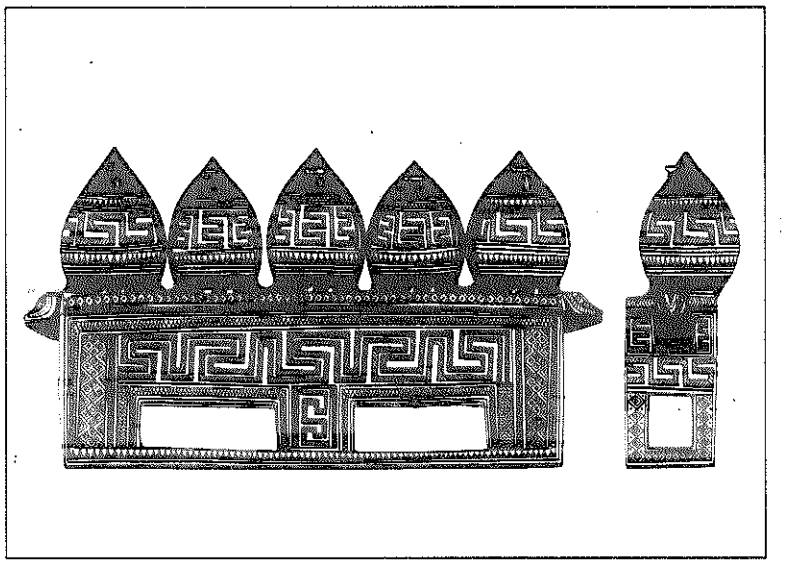

Figura 10 - Modelos reducidos de graneros en una tumba geométrica ateniense (según SNODGRASS).

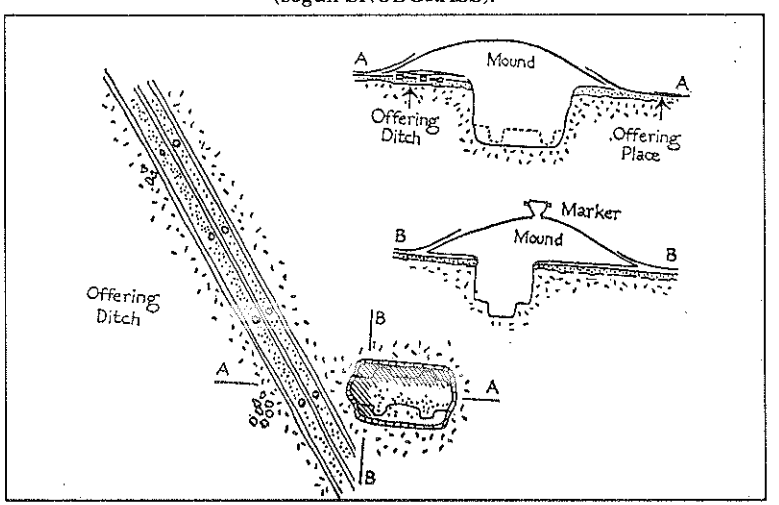

Figura 11 - Elementos de una sepultura arcaica de creamaión (Según KURTZ y BOARDMAN, 1971)

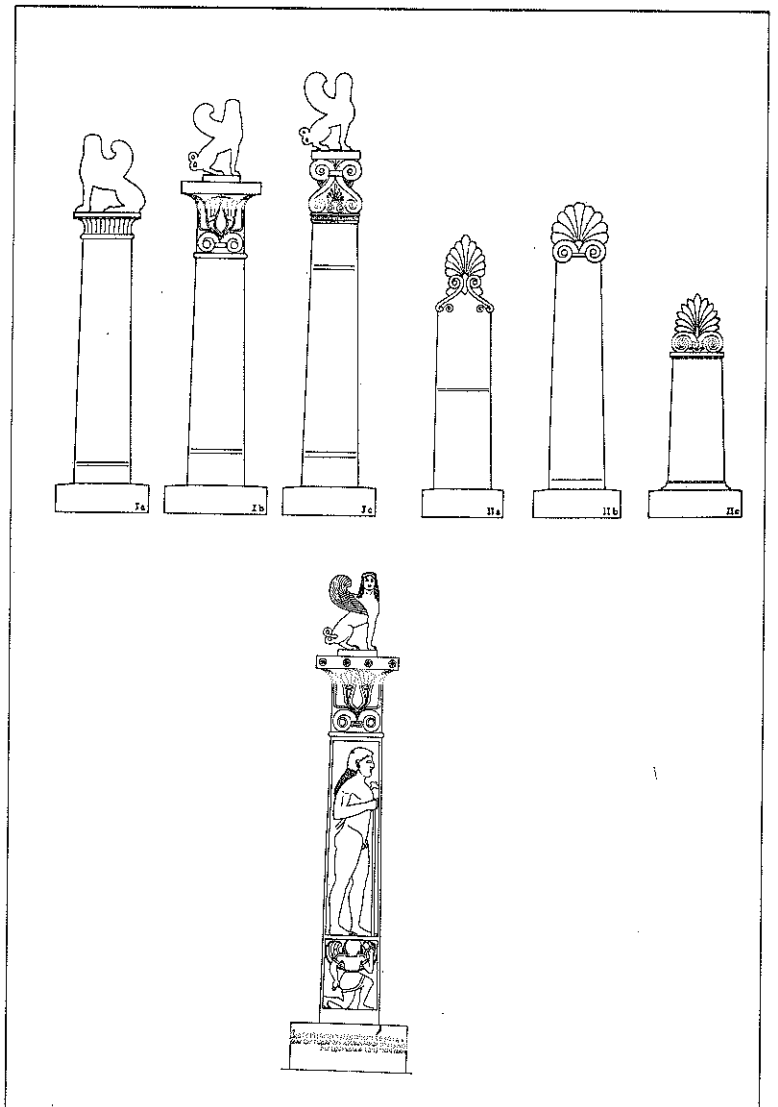

Figura 12 - Tipos de estelas a ticas del periodo arcaico (Según RICHTER, 1961).

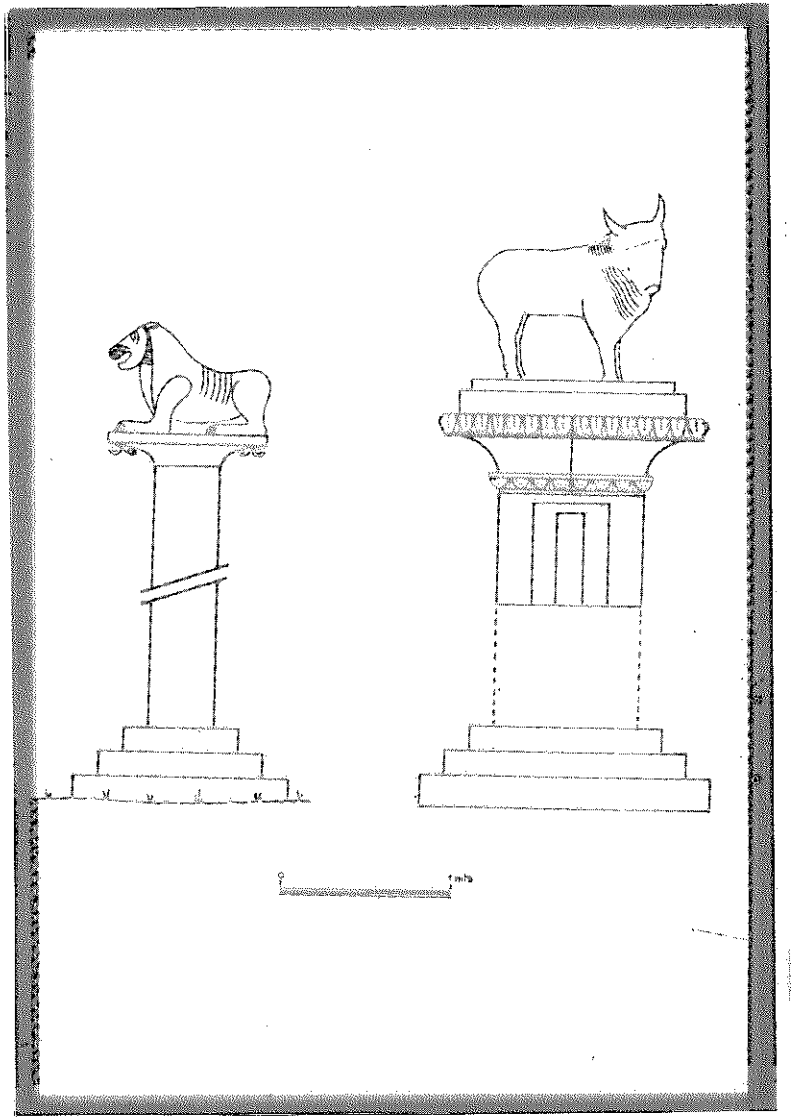

Figura 13 - Monumentos funerarios ibéricos (ss. VI-V a.C.) (Según ALMAGRO GORBEA).

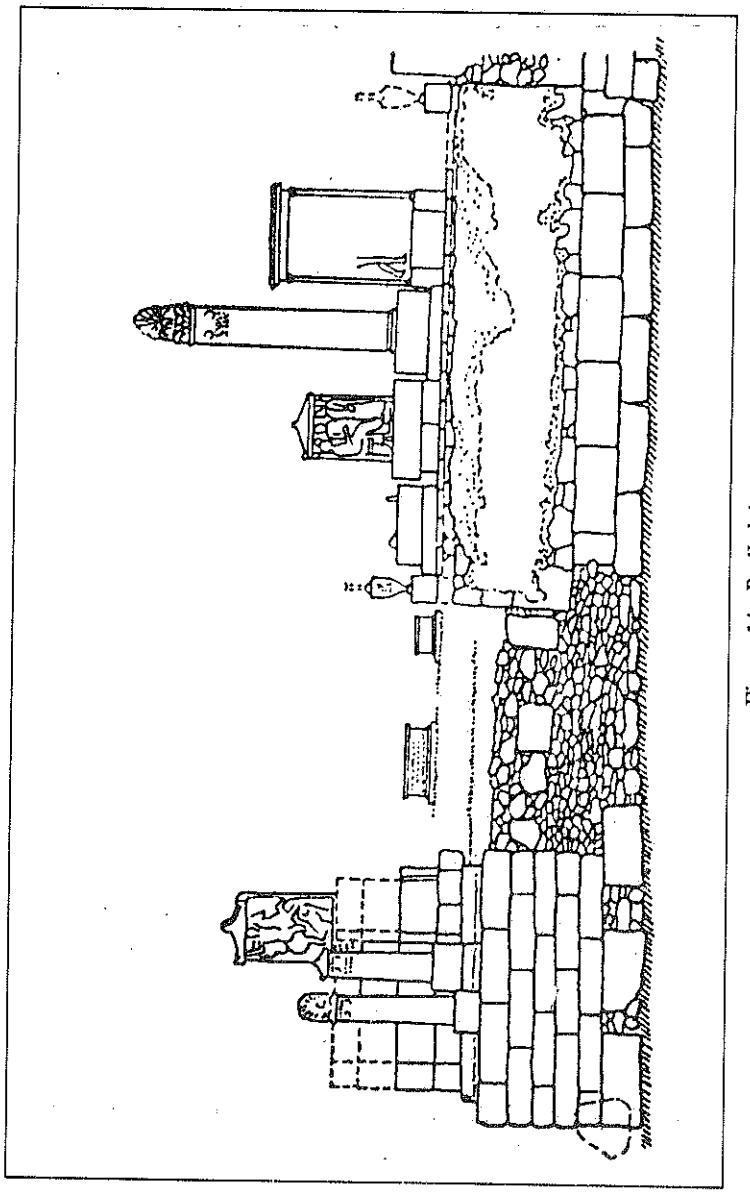

Figura 14 - *Periboloi.*

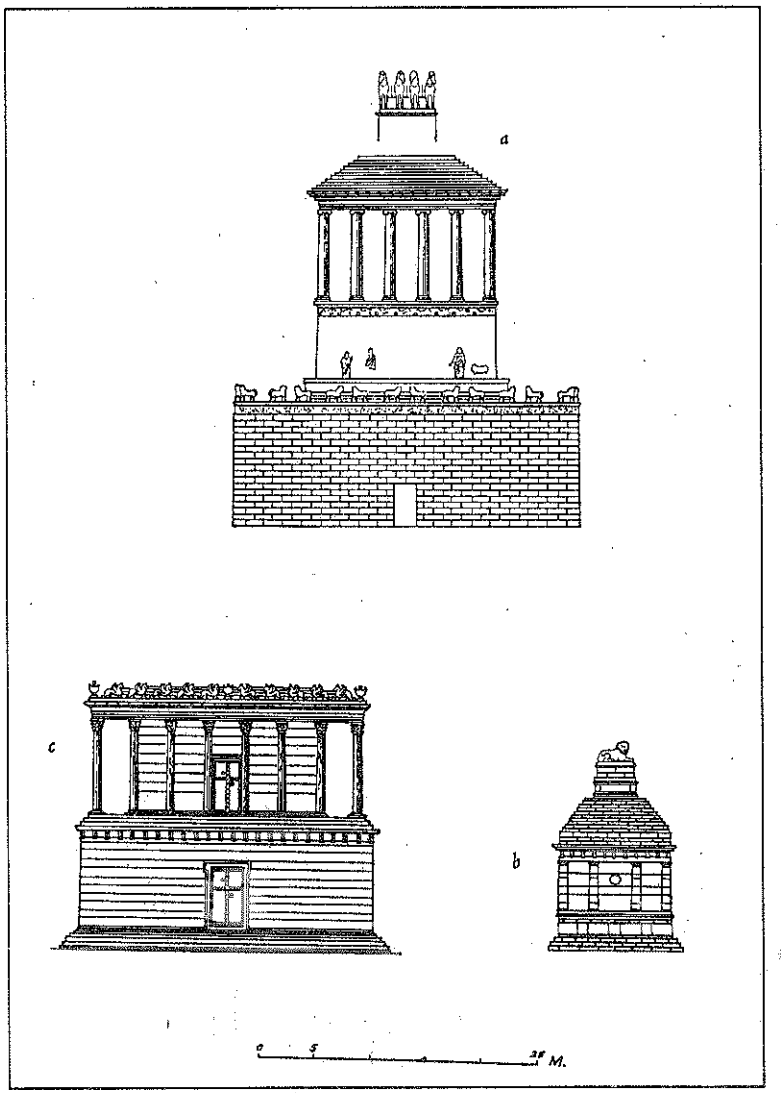

Figura 15 - Mausoleos de Grecia Oriental. **A.-** Mausoleo de Halicarnaso B.- Tumba del Leon de Cnido C.- Tumba de Antioco II en Belevi (según KURTZ y BOARDMAN).

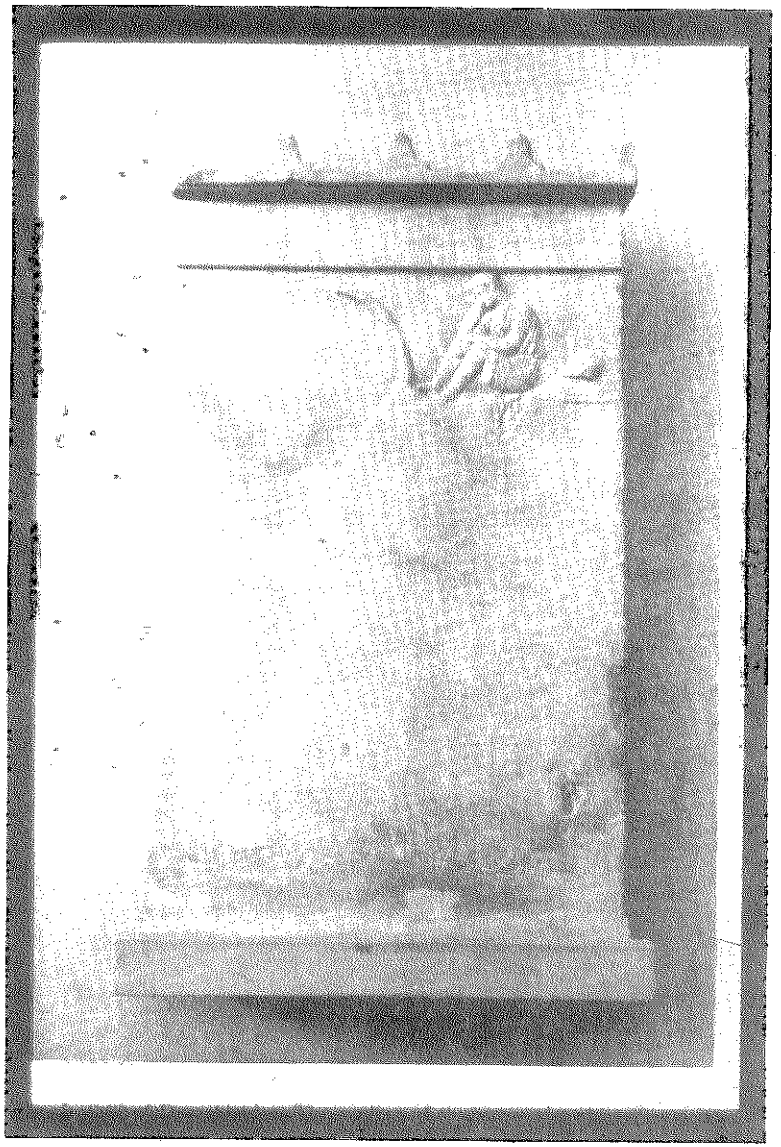

Figura 16 - Estela del cenotafio de Demócleides.

Figura 17 - Estelas inacabadas en el reverso. Cementerio del Cerámico.

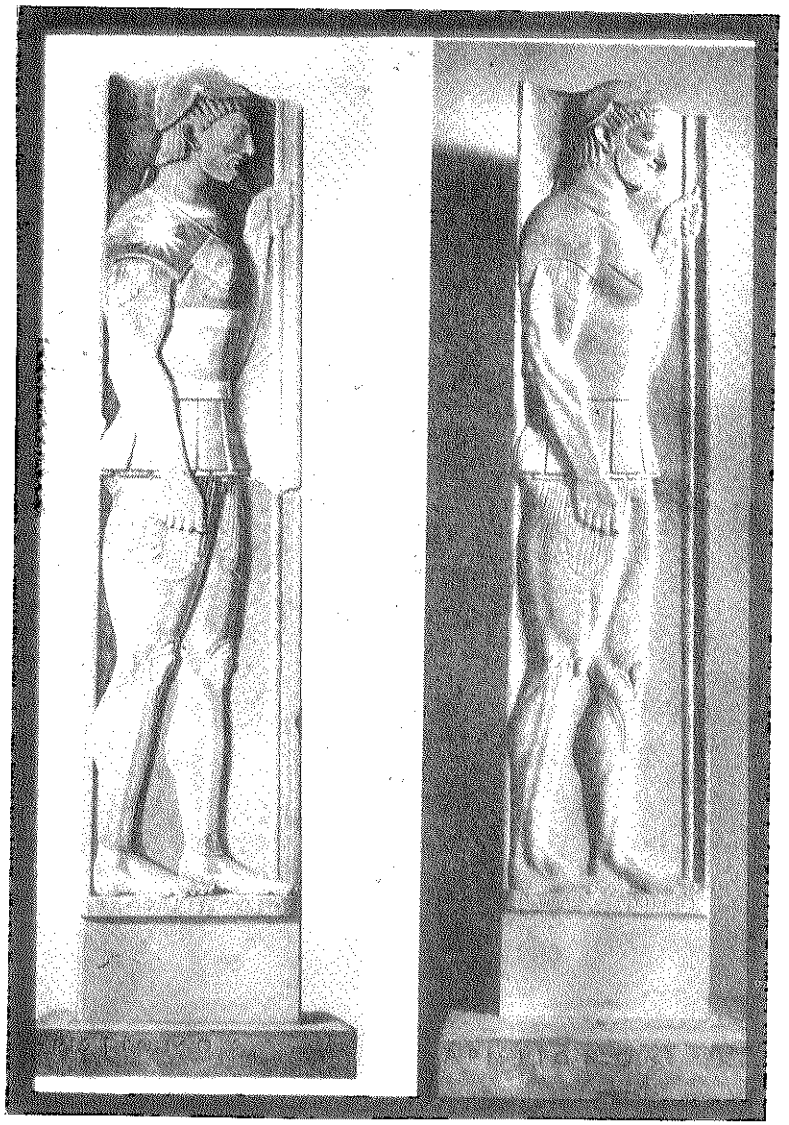

Figura 18 - Estela arcaica con representación de guerrero (Aristión) y reconstrucción de su apariencia policroma original.

Figura 19 - Lécito funerario con doble fondo para reducir el contenido.

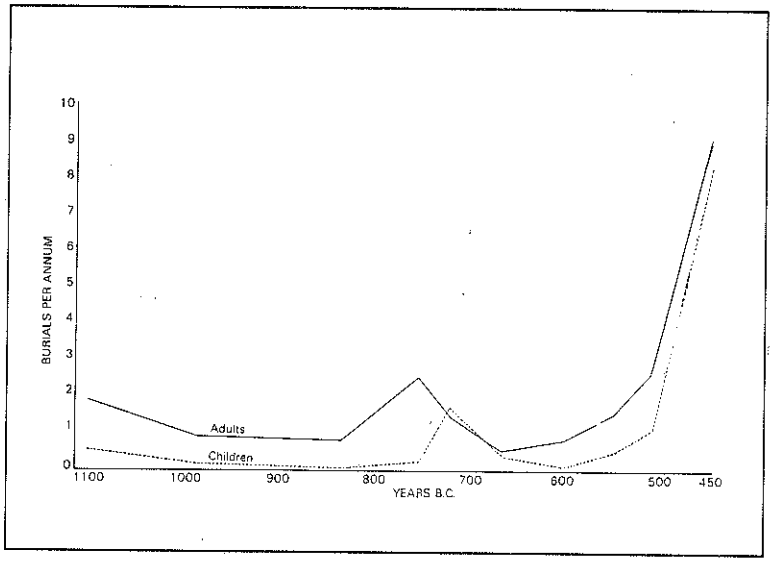

Figura 20 - Evolución del número de tumbas de adultos y niños en Atenas de 1100-450 a.C. (Según MORRIS, 1987).

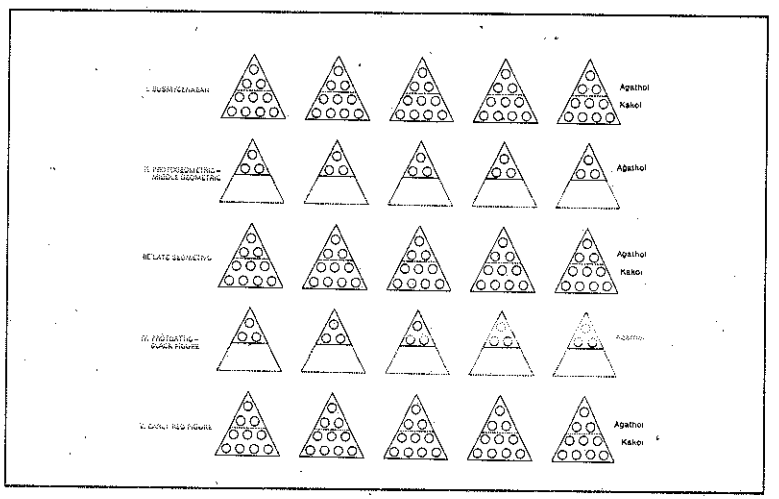

Figura 21 - Cambios hipotéticos en la composición de las necrópolis atenienses desde el Submicénico al período Clásico (según MORRIS, 1987).

EL MUNDO FUNERARIO DURANTE LA PROTOHISTORIA EN LA PENINSULA IBERICA

J. PEREIRA SIESO
Colegio Universitario de Toledo

En los últimos años en el marco de la protohistoria peninsular se han ido consolidando las propuestas de reconstrucción social que caracterizan la llamada "Arqueología de la Muerte". A la habitual publicación de conjuntos funerarios, hay que añadir los números monográficos de algunas revistas —Cota Zero, 1986—, la presentación de trabajos sobre el mundo funerario y sus implicaciones sociales e ideológicas, los trabajos de síntesis sobre un área cultural o geográfica —I Jornadas de Arqueología sobre el mundo Ibérico, Jaén, 1985; Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir, 1989—, los trabajos de revisión del marco teórico de la arqueología funeraria (Lull, Picazo; 1989) así como la convocatoria de reuniones científicas, dedicadas específicamente al mundo funerario como el recientemente publicado Symposium sobre Necrópolis Celtibéricas.

El propósito de este trabajo es el de ofrecer una visión global, por lo tanto no exhaustiva del mundo funerario de las distintas comunidades de la Protohistoria Peninsular, así como de los problemas e interrogantes que plantean, derivados tanto de la cantidad y calidad de las evidencias arqueológicas, como del enfoque interpretativo de los distintos investigadores que trabajan sobre ellas.